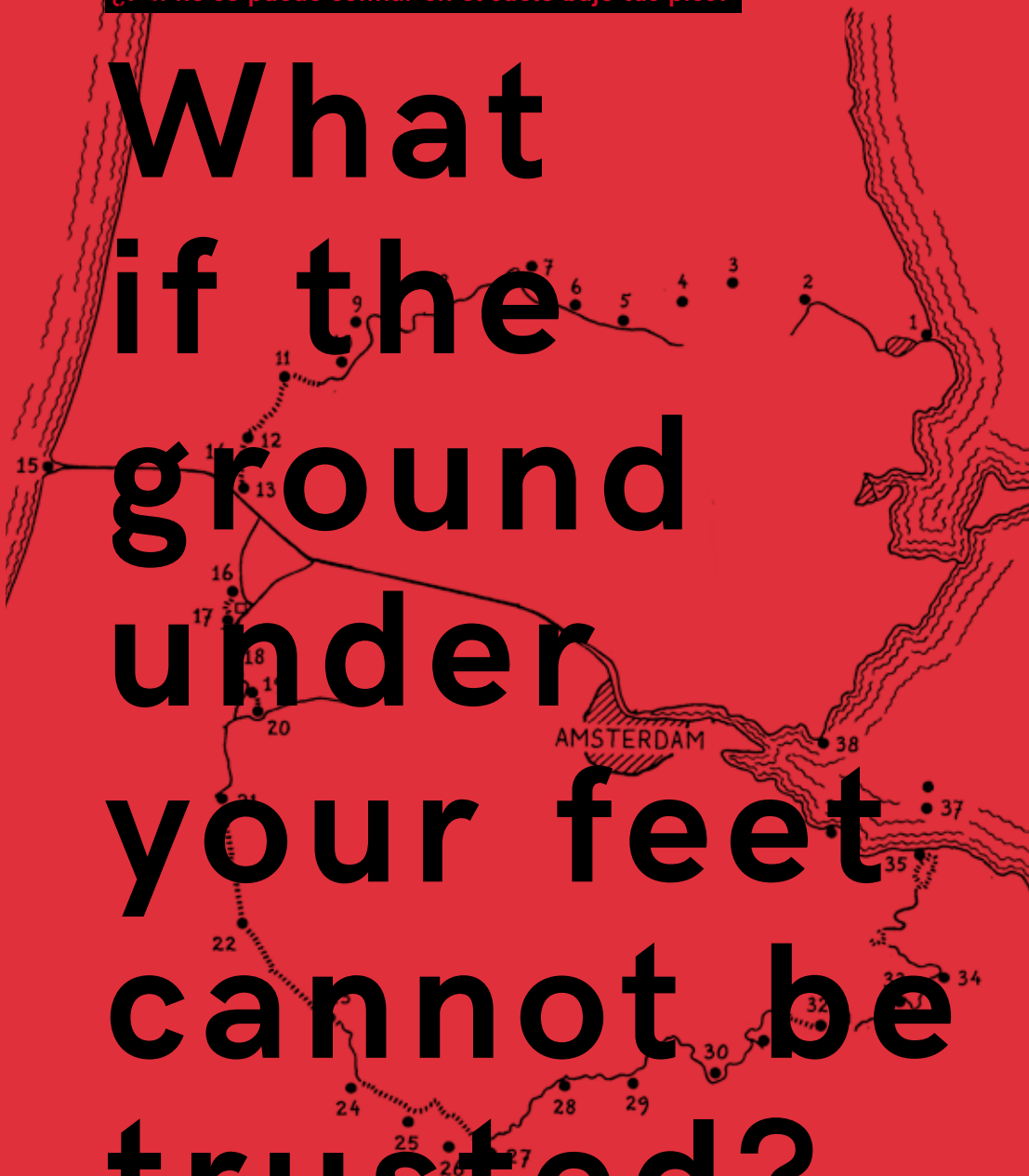
¿Y si no se puede confiar en el suelo bajo tus pies?

What if the ground under your feet cannot be trusted?



Border Agency

¿Y si no se puede confiar en el suelo bajo tus pies?

Agencia de Borde

©Corporación Agencia de Borde
Primera edición publicada en Julio 2020
Ministerio Nacional de la Cultura, las Artes y el Patrimonio

IBSN 978-956-09498-0-6
Registro propiedad intelectual

Diseño
Pamela Ipinza Mayor

Agradecimientos
Agradecemos la visión y orientación Pieter de Kok. La disposición y ayuda en el montaje de Zippora Elders, Marleen Kers, Gert-Jan Brok, Lisette Bockwinkel y Manuel Melo, así como el apoyo a distancia de Joaquín Cociña.

Colaborador
Kunstfort Bij Vijhuizen

Textos:
Theo Reeves-Evison
Weronika Zielinska
Catalina Valdés

Traducción y corrección:
Carlos Prieto
Natalia Alvarez Martinez

www.borderagency.net
www.thelandmineproject.com
info@borderagency.net

Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio
Gobierno de Chile

Proyecto financiado por el
Fondo Nacional de Desarrollo
Cultural y las Artes (FONDART) 2019.

Secuencia de Escape 4
Agencia de Borde

¿Y si no se puede confiar en el suelo bajo tus pies? 13
Agencia de Borde

Instrucciones para colaborar 33
Agencia de Borde

Caminando sobre números 43
Theo Reeves-Evison

5 de octubre de 2019, Rotterdam, Países Bajos 51
Weronika Zielinska-Klein

En caso de emergencia, anote 61
Catalina Valdés

Exhibición "Liquid Landscapes", Kunstfort Bij Vijhuizen 73
Julio-Septiembre 2019

Escape Sequence 4
Border Agency

What if the ground under your feet cannot be trusted? 23
Border Agency

Instructions to collaborate 38
Border Agency

Walking on Numbers 47
Theo Reeves-Evison

5th October 2019, Rotterdam, the Netherlands 56
Weronika Zielinska-Klein

In case of Emergency, write down 67
Catalina Valdés

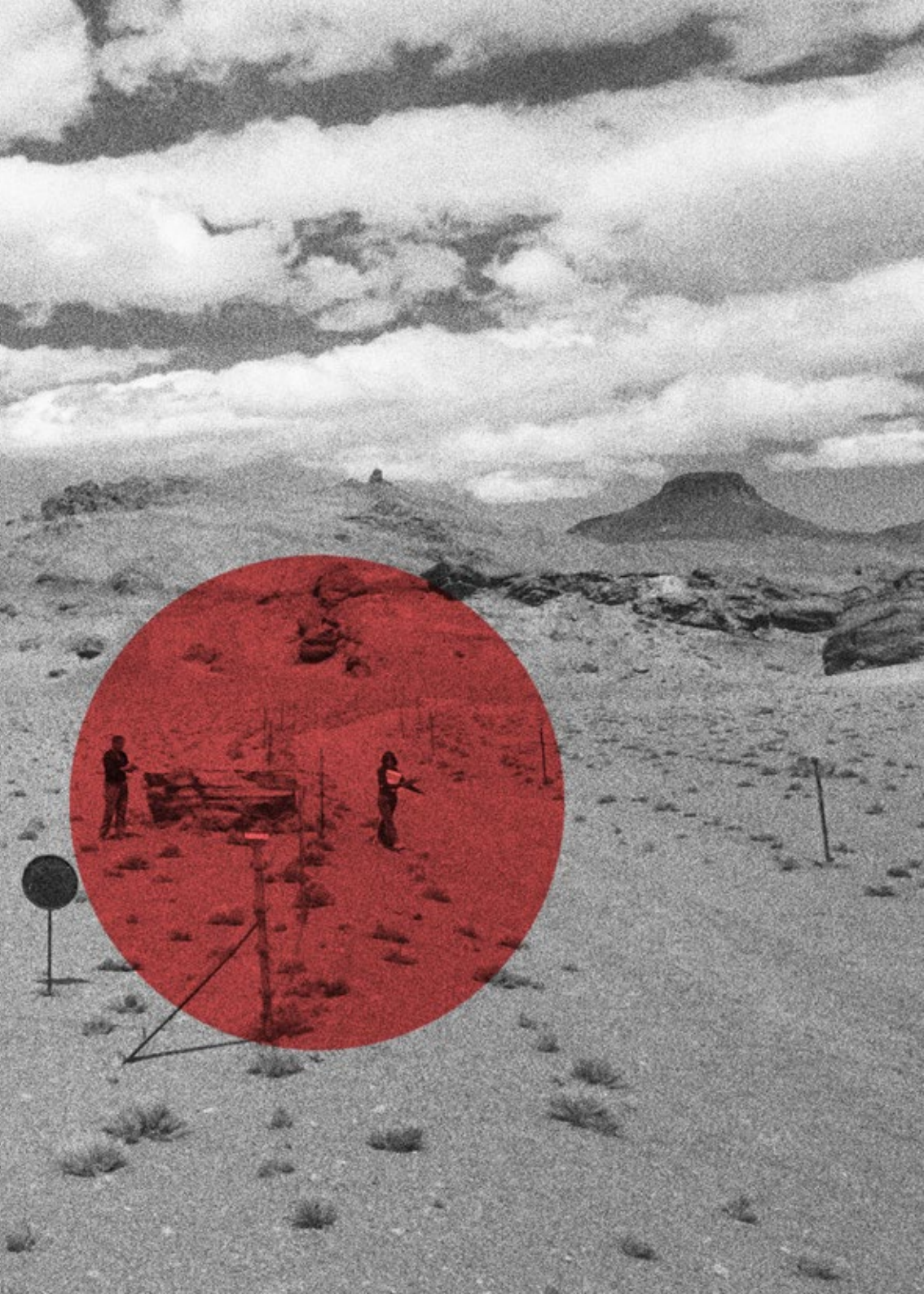
"Liquid Landscapes" exhibition, Kunstfort Bij Vijhuizen 73
July-September 2019

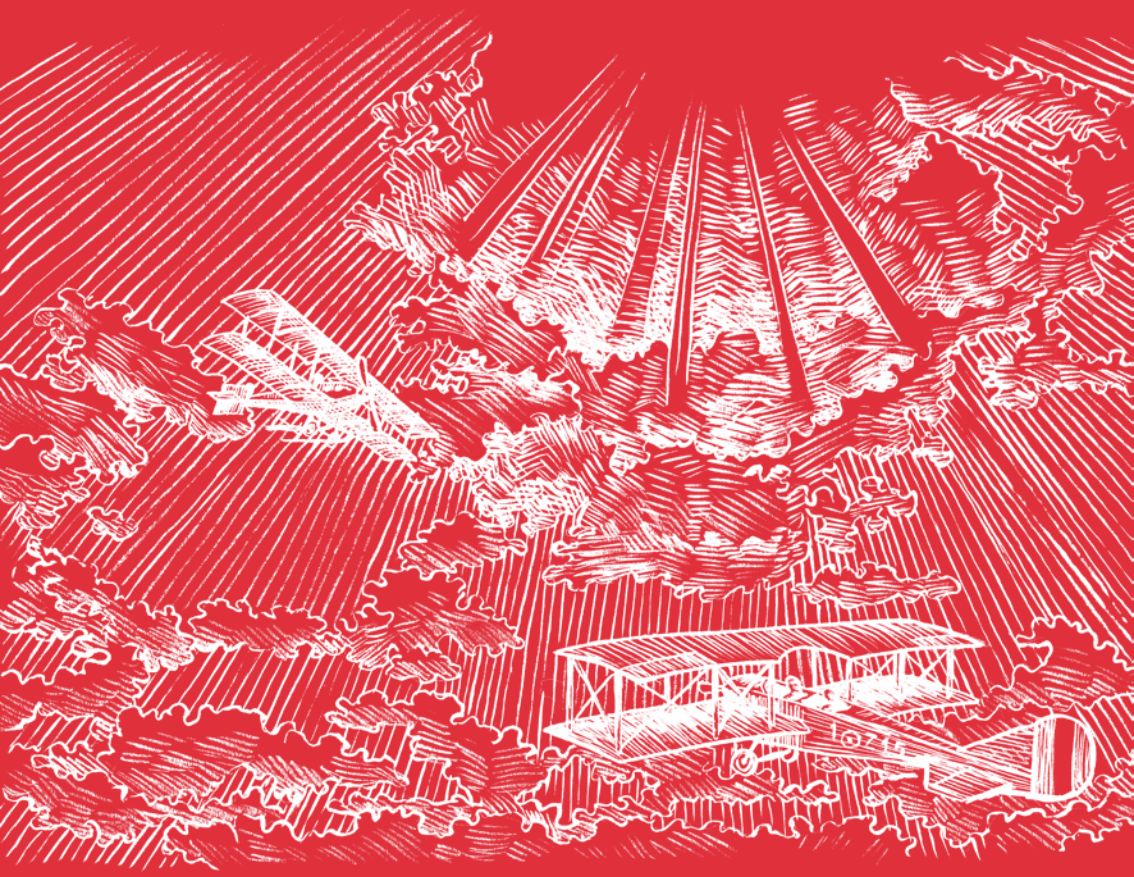



PELIGRO CAMPO MINADO
DANGER MINE FIELD
PELIGROWA AKA
PAMPA MINATAWA









¿Y si no se puede confiar en el suelo bajo tus pies?

Agencia de Borde

"Si la angustia es tan profunda, es porque cada uno de nosotros comienza a sentir que el suelo se desliza bajo nuestros pies. Estamos descubriendo, casi a oscuras, que todos estamos migrando hacia territorios que todavía deben ser redescubiertos y rehabilitados"[1].

Antes de declarar un campo minado oficialmente libre de minas y proceder al retiro de las rejas que demarcan la zona excluida, la unidad de militares a cargo del desminado comprueba con sus propios cuerpos que el sitio es seguro para transitar. El militar de mayor rango inicia el ritual. Se toma de las manos del resto de sus compañeros y forman un rastrillo que recorre caminando a lo largo y ancho el campo minado en el que trabajaron por los últimos meses o años. Confían en su trabajo. No puede quedar ni una sola mina. Confían en la exactitud del mapa que les indica la cantidad y ubicación de las minas sembradas originalmente. Saben bien cuántas lograron desactivar o hicieron explotar en forma controlada. Pero estos números en realidad nunca calzan. ¿Será que alguna mina explotó por un animal que ingresó al campo? ¿O se movió de locación por el viento, o por las lluvias torrenciales que caen breve pero intensamente una vez al año en el desierto de Atacama? ¿O simplemente será que sigue ahí, en algún rincón que ha pasado desapercibido en la cuidadosa búsqueda?

1 Traducción nuestra. Latour, Bruno, and Catherine Porter. *Down to Earth: Politics in the New Climatic Regime*. Cambridge: Polity, 2019. p. 5.

La incertidumbre al pisar un suelo que ha estado minado —o su expresión más radical— el miedo a explotar, existe para siempre en un sitio que alguna vez ha sido sembrado con minas antipersonales. No era la primera vez que estos militares —todos hombres— ingresaban al campo minado arriesgando la posibilidad de explotar. Una operación de desminado utiliza distintas herramientas para extraer las minas de la tierra. En ciertas condiciones es posible usar un vehículo blindado y operado a distancia, que busca como un verdadero drone terrestre, desenterrando las minas con un rodillo mecanizado y haciéndolas explotar. Este vehículo se utiliza en condiciones en que la incertidumbre respecto a la ubicación de las minas es alta y es necesario arar toda la zona afectada, apostando a no dejar rincón sin examinar. Sin embargo, en muchas ocasiones, cuando hay mayor certeza de la ubicación de las minas, se prefiere utilizar un método más directo que exige delicada precisión. Entrar caminando al campo minado y detectar, primero con un sensor de metales, la ubicación general de una mina interpretando la frecuencia del sonido que emite el sensor. En realidad, las minas antipersonales son principalmente de plástico. Les asegura mayor durabilidad y estabilidad en el tiempo —pueden pasar varias décadas y las minas seguirán activas y en perfecto funcionamiento. Contienen una única pieza metálica— un minúsculo cilindro que forma parte del sistema del gatillo. Es decir, no son detectables a menos que la sensibilidad de la herramienta sea calibrada a su nivel más alto. Al ser así, aumenta la cantidad de falsos positivos. Cuando el sensor comienza a sonar y se ha identificado la zona probable, se inicia la operación para descubrirla manualmente. Con pequeñas cucharas y cepillos se comienza a escarbar el suelo, hasta encontrar la pieza sospechosa. El proceso adquiere una velocidad glacial, porque basta con fallar levemente y presionar el piso con más de 8kg —es decir el peso de un cuerpo apoyado levemente— para detonar una explosión que muy probablemente no mataría a la persona expuesta. Las minas no están diseñadas con ese propósito, sino más bien desmembrar y dejar vivo, pero en necesidad de ayuda. Esto involucra a más personas —una persona muerta— en esta lógica de guerra -, puede simplemente ser abandonada. Así entonces, después de muchas horas de descubrir la tierra cuidadosamente, se encuentra una roca mineralizada, o un residuo metálico, un perno, un alambre u otro objeto que se confunde con la mina antipersonal. Han sido 20 o 30 centímetros de avance. Restan aún varios cientos de metros en los que se extiende el campo. De cierta forma, mientras mayor es el deseo de control y seguridad, menor es la velocidad con que avanza el proceso de desminado.

La consecuencia es predecible: es necesario hacer concesiones. No es posible hacer un recorrido perfectamente exhaustivo del territorio ya que sería interminable. Por ejemplo, ¿a qué profundidad es sensato dejar de buscar? Curiosamente, mientras el desminado puede ser interminable, el tiempo que demora un campo minado en ser sembrado no es más que una noche. En el contexto de tensión internacional en que fueron plantadas, la operación debía ser invisible, es decir nocturna y en el menor tiempo posible. Una jornada exitosa logra desactivar no más que unos pocos metros cuadrados. En Chile, la dictadura militar sembró entre los años 1973 y 1983, más de 181.000 minas antipersonales y antitanques.

¿Cuánta incertidumbre es aceptable? ¿Cual es la probabilidad de encontrarse con una mina en un sitio declarado "libre de minas"? ¿Que sucede, o más bien, cómo cambia el territorio, si aceptamos que simplemente ya no podemos confiar en el suelo bajo nuestros pies?

Uno de los efectos bien identificados por los profesionales que se dedican al desminado es que las personas que operan día a día en el campo minado aumentan su tolerancia al riesgo. Esa fue nuestra experiencia en la visita a uno de los campos minados más extremos del norte de Chile: el paso de Huaytiquina, en el altiplano en la zona de San Pedro de Atacama a más de 4000 metros de altura en la frontera con Argentina.

El Paso Huaytiquina separa a Chile de Argentina por un camino no autorizado que atraviesa el altiplano. Viajabamos en dos vehículos. En el primero, dos militares, uno de ellos el Comandante de la Unidad de Desminado de Calama. En el segundo vehículo seguíamos nosotros de cerca, con miedo a perderlos de vista en alguna de las vueltas y bifurcaciones del camino. Tomamos un desvío por una huella apenas marcada, que nos iba hundiendo en una quebrada que se encajonaba entre escarpadas laderas a cada lado de la ruta. Después de unas 4 a 5 horas de internarse por el altiplano nos detuvimos ante los restos de un letrero verde y oxidado que anunciaba: "Peligro Campo Minado, Danger Mine Field, Peligrowa Aka Pampa Minatawa" Habíamos llegado al punto de frontera en el que se advertía la presencia del campo minado de Huaytiquina con rejas extendidas a ambos lados del camino.

Al bajar la ventana, el aire frío y seco golpeaba la piel a pesar del sol. Lentamente fuimos bajando del auto, esperando que nuestros guías tomaran la iniciativa. El silencio envolvía el lugar y cada paso sobre la arena crujía con una extraña

claridad. Nadie había pisado la zona tras las rejas por más de 40 años, debían haber diferencias en la vegetación. ¿Han crecido las yaretas y pajas bravas de alguna manera distinta? Ese lugar —extraído del paisaje y el territorio— prohibido para las personas y animales ¿se ha convertido en un pequeño santuario para otras formas de vida?

El campo minado de Huaytiquina lo cruza el antiguo camino internacional, una angosta huella por la cual todavía se puede atravesar el campo minado caminando desde un extremo a otro. Al asomarse por encima del alambrado, a no más de dos metros de la orilla del camino, se asoman las hileras de minas antipersonales del tamaño de una lata de salsa de tomate pequeña.

Huaytiquina fue sembrado siguiendo una estrategia que ubica una mina antitanque al centro y cinco minas antipersonales rodeándola. Repitiendo este conjunto de explosivos en forma transversal y horizontal, formando una red invisible. Con el tiempo, la erosión producida por los vientos ha desenterrado las minas, revelando la grilla explosiva que sigue casi intacta hasta hoy.

No circula nadie por este camino, al menos nadie que quiera ser encontrado y ciertamente, nunca circuló el supuesto enemigo por el cual se enterraron las minas en primer lugar. Una gran roca se apoya en el borde del alambrado, formando un peldaño que permite escalar a lo que podría ser un mirador sobre el campo minado. Paula sube a la roca y se sienta a mirar a su alrededor. Desde este lugar se puede ver claramente cada mina dispuesta en la tierra, y esta visión general del campo minado transmite una extraña sensación de control y dominio. Es un lugar cómodo y seguro para empezar a registrar con notas y dibujos.

El Comandante decide traspasar el alambrado, avanzando directamente hacia un conjunto de minas enterradas justo bajo la roca donde está Paula sentada. Rápida y decididamente, como repitiendo una acción cotidiana que ha realizado cientos de veces, toma con sus manos una de las minas, levantándola hasta la altura de los ojos de Paula. Se dispone a hacer una breve demostración del desarme de esta bomba. Habla de sus componentes, del detonador metálico que es necesario extraer para desactivarla. Según él, si la mina no es presionada por los 8 kilogramos que se requieren para hacerla detonar, esta es completamente segura. Ciertamente, a pesar de haber estado enterrada por más de 40 años, todas sus funciones se mantienen intactas.

Es lo que define la permanencia de un campo minado en el paisaje. Las minas no tienen fecha de expiración, perduran esperando el momento en que serán presionadas y hasta entonces no les afecta las lluvia, el aire salino, o la nieve. La carcasa de plástico protege el interior explosivo que aguarda el momento para ver el sol.

Paula busca bajarse de la roca tratando de alejarse, pasando por encima del alambre de púas y saltando desde el borde hacia el camino. Su caída multiplica varias veces los 8kg necesarios para hacer explotar una mina. Retrocede por el camino sin mirar para atrás, tratando de hacer parecer que camina. Detrás de ella, el Comandante insiste en seguirla, con la mina supuestamente desactivada en la mano, sin advertir que el acto de demostración nunca fue bienvenido. Paula, tratando de mantenerse alejada del Comandante, cambia de lado en el camino, pero sus pasos son más largos y terminan avanzando a corta distancia uno detrás del otro hasta encontrarse con el resto del grupo, que sin percatarse de la secuencia que recién ha ocurrido, mira con curiosidad lo que el Comandante trae en la mano.

Algo cambió en nosotros el momento en que tuvimos cerca de nuestras caras el casco de la mina. De forma muy concreta nos vimos expuestos a un peligro que no estaba en nuestros planes. Hasta entonces creíamos que la realidad explosiva del campo minado estaba contenido al interior de los alambres de púas, en un lugar que bastaba mantener las distancias y precauciones correspondientes, para que no nos afectará. Nos involucramos en este proyecto desde un inicio con esa certeza. Involucramos a la Comisión de Desminado profundizando esta convicción. Ellos eran los expertos quienes nos protegerían de cualquier peligro. Sin embargo, la realidad de un campo minado, y de las formas fluidas e impredecibles con que se interactúa en un territorio, dejaban de manifiesto que el riesgo de explotar no puede controlarse de las maneras que habíamos anticipado. Evidencia de esto son los múltiples accidentes que posteriormente conocimos y que siguen ocurriendo en la zona, incluso a los expertos desminadores. Fue ciertamente nuestro propio ímpetu por mantener una ilusión de estabilidad y control - para lograr nuestra ambición artística de registrar el interior de un campo minado - lo que se quebró en ese momento. Desde ese instante, el territorio del desierto de Atacama ya no era el mismo para nosotros.

Nos ha tomado varios meses procesar y entender la secuencia de eventos en los que nos vimos involucrados en Huaytiquina. Aunque ningún accidente ocurrió, recordamos la experiencia con una ansiedad latente - que regresa al imaginar la posibilidad: "Si hubiese sucedido..." De cierta forma ocurrió. El solo hecho de saberse expuesto al peligro y haberse hecho parte de la incertidumbre de un campo minado, transforma la comprensión sobre la idea de un territorio incierto, sobre el impacto de un territorio que se vuelve arma.

La incertidumbre parecía haberse naturalizado como una nueva condición sobre el territorio. Habíamos sido expuestos a ella y entendíamos que ésta no sería controlada por la simple remoción de las minas antipersonales. La simple confianza estadística que declara ***prácticamente*** nula la posibilidad de encontrarse con una mina olvidada no parecía suficiente.

Pero, ¿no es acaso esta naturalización del territorio transformado por la incertidumbre una condición que define la crisis climática actual? Mientras escribimos esto ocurren incendios en Australia que producen cielos de cenizas en Santiago a más de 11.000 kilómetros. Se descongela la tundra en el ártico y libera gas metano que explota hacia la superficie. El stress que afecta a las araucarias en Nahuelbuta por una mezcla de factores como menos lluvia y más calor, sumado a escasez de nieve, favorecen la presencia de un hongo que ha provocado una mortalidad masiva de la especie. La sequía en Syria (la peor en 900 años) afecta la agricultura y la supervivencia de millones de personas que se ven obligadas a moverse hacia las ciudades, profundizando una crisis de refugiados que desestabiliza a su vez al sistema político en Europa. Los titulares que dan evidencia de la crisis climática se suceden unos a otros con creciente velocidad. Evidentemente, como anunciaba Humboldt a principio de 1800 con su idea ***Naturgemälde***, la naturaleza se conecta como una fuerza de escala global que comparte patrones y procesos.

Los efectos directos de la Crisis Climática (aumento de temperatura, nivel del mar, etc) logran ser modelados por la ciencia, sin embargo, los impactos de segundo orden o compuestos son extremadamente difíciles de describir analíticamente. La situación climática exacerba la incertidumbre del territorio bajo nuestros pies y del aire sobre nuestras cabezas. Incluso el IPCC (Panel de Cambio Climático de la ONU) admite que "hay muy pocas proyecciones de eventos extremos compuestos y las interacciones entre múltiples causas son difíciles de predecir".

Así es como la siguiente iteración del proyecto Campos Minados nos abrió a una fase de experimentación y aprendizaje sobre la condición de inestabilidad. ¿Cómo podemos abordar la incertidumbre más que como una antítesis de la falta de control, como una fuente de otras experiencias posibles del territorio? ¿Qué pasaría si el desafío de la Crisis Climática fuese más que construir nuevas certezas sobre el territorio, sino utilizar la duda para develar el carácter imaginario del territorio?

Esto plantea dos cuestiones que entran en tensión: por un lado, cómo apreciar la incertidumbre como una condición natural de las cosas, en lugar de algo que puede ser directamente superado por sus opuestos: certeza y control. Y por otro, comprender la incertidumbre como un estado subjetivo de conocimiento (las percepciones y la comprensión de los fenómenos son inciertas), y no simplemente una condición objetiva en el mundo (fenómenos que existen externamente o más allá de los límites de nuestro conocimiento).

Vijhuizen, Holanda, Julio 2019

Cuando nos propusimos llevar el proyecto Campos Minados al Kunstfort Museum en Holanda, la pregunta sobre el impacto de un paisaje-arma se comenzó a proyectar sobre otros paisajes y temporalidades que hasta entonces no habíamos considerado.

El Kunstfort Museum es parte del Stelling van Amsterdam (Anillo de Amsterdam), un complejo de fuertes y canales que rodean la ciudad de Amsterdam y fueron construidos a finales del siglo XIX para defenderse de un enemigo que, asumieron al momento de diseñarlo, invadiría Amsterdam por tierra. La lógica era simple: en caso de invasión, se inundarían los más de 135 kilómetros de canales que fueron construidos alrededor de Amsterdam para controlar el paso de caballería y soldados a pie. Sin embargo, la historia fue distinta. Sus inventores no vislumbraron la llegada de la aviación, transformando el paisaje en un ejercicio de sinsentido que figura entre los más costosos de la historia moderna. La creación de los aviones desdibujó las promesas de victorias militares que las aguas de defensa traerían, las cuales quedaron en la imaginación de esos ingenieros, quienes habrán visto volar los aviones alemanes por sobre sus cabezas en mayo de 1940 invadiendo Amsterdam.

De alguna manera, el Kunstfort es un portal a las certezas que marcaron otra era. Ciertamente este fuerte fue construido con una mentalidad que privilegiaba la seguridad y la estabilidad mediante la solidez de la infraestructura. Las paredes de varios metros de espesor son parte de una de las primeras construcciones modernas de concreto. Las habitaciones, que durante la segunda guerra mundial alojaron al ejército Nazi, hoy son las instalaciones que reciben a artistas de todo el mundo.

Al sitio del Kunstform solo se accede por un pequeño puente de madera que cruza el canal que lo rodea por completo. "USTED ABANDONA EN ESTE MOMENTO EL DESPROTEGIDO MUNDO EXTERIOR" se lee en un cartel a su entrada. En la noche, aunque habilitado para pernoctar, este acceso es clausurado y quedamos encerrados en su interior. Al cerrar las gruesas puertas de acero de las habitaciones, el silencio es completo, la oscuridad, absoluta. Bien podríamos haber estado enterrados en una fosa. El silencio se devuelve sobre nuestros oídos y hace eco de los ruidos internos, el ritmo del corazón repentinamente se acelera por la sensación de encierro y por los fantasmas de anteriores ocupantes.

El edificio de concreto nos habla de ese otro tiempo, de la fragilidad de las supuestas certezas y las limitaciones de aquellos que empeñaron sus vidas construyendo futuros posibles que nunca llegaron.

¿Quienes fueron invitados a imaginar esos futuros posibles? ¿Quién define las herramientas y sistemas que sentencian el devenir de territorios como Huaytiquina o el Stelling Van Amsterdam? Es claro que los sistemas —de pensamiento, de política, de participación —no fueron capaces de anticipar las posibilidades que estaban abiertas ante ellos en estos territorios. Sin embargo, es esta misma inestabilidad e incertidumbre la que hoy nos permite quebrar con los sistemas analíticos heredados para hacer surgir un campo de nuevas posibilidades. En este sentido, en el trabajo en el Kunstfort experimentamos con otros mundos posibles, otras formas de habitar. Nos planteamos ¿cómo se deviene territorio? ¿qué implica sentirse parte del territorio? Imaginarse piedra, ave o agua, por ejemplo. Diseñamos un experimento en que pudiésemos navegar la incertidumbre, a través de la imaginación.

Con esta intención —de abrir nuevas posibilidades, de hacer explotar las percepciones respecto a un territorio como el Stelling Van Amsterdam—,

involucramos a sus vecinos, vecinas y artistas locales con la pregunta "Y si no podemos confiar en suelo bajo nuestros pies?". Esta fue la provocación con la que nuestros colaboradores se lanzaron a la exploración del lugar. Conversamos con ellos en un diálogo escrito y visual, que produjo visiones del territorio utópicas, oscuras y fantásticas, pero todas reales. Mientras en algunas percepciones como las de ***Mijke van der Drift y Elise van Remis***, el lugar es una suma de acontecimientos pasados deviniendo futuro, para otros como Ding Ren y Mike Karabinos, el territorio es un escenario listo para crear personajes. Incluso, algunos como ***Tjitske Baarda*** se funden en el espacio, imaginándose como un elemento más del paisaje. Estos aportes, de los cuales publicamos una parte en este libro, reflejan en su conjunto un territorio-palimpsesto, es decir, un lugar tan tangible como imaginario, tan real como incierto.

Parece evidente que estos paisajes, habitados, vividos, negociados y construidos como cotidianos en el presente, están en un permanente What if? (¿Y si...?). El territorio, como un imaginario colectivo, se arma y desarma en nuestras ideas y experiencias en él. Vimos en el Kunstfort, que a pesar de la permanente amenaza de inundación, esas constantes negociaciones de significado se estabilizan, minimizando la sensación de peligro. Y es que parece que para funcionar, necesitamos crear ficciones de estabilidad y control, intentando que el territorio devenga en una categoría estable. Sin embargo, sabemos que eso no es posible. Hoy más que nunca, en este escenario de inestabilidad, sentimos poco control sobre nuestras opciones de futuro. Las certezas de otrora, se han transformado en bombas que nos explotan en la cara, abriendo nuestra conciencia a otros entendimientos: al punto ciego de nuestra propia ignorancia.

Tendremos que abandonar la ficción de estabilidad. Entender que el territorio se construye en la representación. Pero ¿cómo lograremos representar lo incierto, cuando justamente su fluidez es su principal característica? ¿Cómo fijar algo de lo que somos parte, algo que incluye territorio y personas, y que cambia de maneras impredecibles? ¿Cómo proyectarnos al mañana desde un presente inestable e irreductible?

De alguna forma, durante el inicio de la pandemia de COVID, este 2020, una gran bomba de incertidumbre reventó, no en un territorio lejano en algún otro país, sino en nuestra cotidianidad, en nuestra casa. Mientras esperamos pacientes que pase la amenaza, los medios repiten compulsivamente los datos del presente inmediato, revelando una incapacidad brutal para imaginar futuros

probables. La duda se ha instalado tangible y concreta a escala planetaria. En este contexto, toma fuerza la idea de habitar la incertidumbre. Ya no desde un análisis académico y reflexivo, sino como una estrategia para sobrellevar este nuevo estado de emergencia global. Así es cómo el arte, en su capacidad de imaginar mundos posibles, renueva su poder. Más allá de la disciplina avasallada por las lógicas del capital, más allá de la producción cultural reaccionaria, el arte surge como herramienta de sobrevivencia. Imaginar y soñar un mañana es una parte importante de la misión, y para eso el arte nos permite involucrarnos con la incertidumbre como una herramienta, hacernos sentir cómodos aún sin saber que va a pasar. En suma, el arte como barca para navegar la incertidumbre.

What if the ground under your feet cannot be trusted?

Border Agency

"If the anguish runs so deep, it is because each of us is beginning to feel the ground slip away beneath our feet. We are discovering, more or less obscurely, that we are all in migration toward territories yet to be rediscovered and reoccupied." [1]

Before declaring a minefield completely mine-free and proceeding to remove the gates that delimit the exclusion zone, the military unit in charge of demining verifies with their own bodies that the land is safe to transit. The highest-ranking soldier begins the ritual. He holds hands with the rest of the unit in a rake-like formation. They comb through the length and breadth of the minefield in which they have worked for the past months or years. They have trust in their work. Not a single mine can be left behind. They trust the accuracy of the map that indicates the quantity and location of the landmines originally emplaced. They are well aware of how many they have managed to deactivate or detonate under a controlled explosion. But, in reality, these numbers never match. Is it possible that a mine exploded when an animal walked through the field? What if it moved location due to the wind or the torrential rain that briefly pours once a year in the Atacama Desert? Or maybe it was simply left behind in a corner and was somehow unperceived, despite the careful search?

[1] Latour, Bruno, and Catherine Porter. *Down to Earth: Politics in the New Climatic Regime*. Cambridge: Polity, 2019. p. 5.

The uncertainty of stepping on minefields, or at its most radical expression, the fear of blowing up, lingers forever in a land where at some point anti-personnel mines were emplaced. It was not the first time that these soldiers —all men— entered the minefield risking the possibility of a mine exploding. A demining operation uses different tools to extract the landmines from the ground. In certain circumstances, it is possible to use an unmanned ground vehicle, which searches like a land drone, unearthing the mines with a mechanical roller and detonating them. This vehicle is used when the uncertainty about the whereabouts of the landmines is high. However, on many occasions when there is more certainty regarding the location, a more direct method that demands delicate precision is preferred. This involves walking into a minefield and detecting with a metal sensor the general location of a mine, by interpreting the frequency of the sound that the sensor emits.

In reality, the anti-personnel mines are mainly plastic. This ensures greater durability and stability throughout time. Several decades can go by and the mines will remain active and functioning perfectly. They only have one metallic piece; a minuscule cylinder that is part of the trigger system. This means that they are not detectable unless the sensitivity of the tool is calibrated to its highest level. By doing this, the possibility of false positives increases. When the sensor goes off and the possible zone is identified, the operation is initiated in order to manually unearth the mine. The ground is dug up with small spoons and brushes until the suspicious part is found.

The process acquires a glacial pace. Just a minor mistake, such as putting 8 kg of pressure on the ground—that is to say, the weight of a body lightly touching the ground—is all it takes to detonate an explosion. Most likely, this would not kill the person exposed. Landmines are not designed with the purpose of killing, but of dismembering; leaving the victim alive and in need of help. This will involve more people. In war logic, a dead person can simply be abandoned.

And this method is how, after many hours of carefully uncovering the earth, a mineralised rock is found, or a mechanical residue, a bolt, a wire, or any other object that may be confused with an anti-personnel landmine. This is 20 to 30 cm of progress. There is still several hundred metres of field. In a way, the bigger the desire for control and safety, the slower the process of demining will be.

The consequences are predictable: It is necessary to make concessions. It is impossible to perfectly cover all the territory, as it would be never-ending. For instance, at what depth is it sensible to stop searching? Interestingly, while the demining process can be endless, a field can be emplaced overnight. Amid the context of the international tension in which the landmines were laid, the operation had to be invisible - nocturnal and in the shortest timeframe possible. In a successful demining day only a few square metres of bombs are deactivated. In Chile, the military dictatorship laid over 181,000 anti-personnel and anti-tank mines between the years of 1973 and 1982.

How much uncertainty is acceptable? What is the likelihood of stumbling upon a landmine in a territory declared mine-free? What happens, or how does the territory change, if we simply accept that we can no longer trust the ground under our feet?

One of the well-studied effects identified by the professionals dedicated to demining is that the people who operate on a minefield on a daily basis increase their tolerance to risk. This was our experience when we visited one of the most extreme minefields in the north of Chile: the Huaytiquina Pass, in the altiplano area of San Pedro de Atacama.

Chile is separated from Argentina via an unauthorised road that crosses the altiplano at over 4000 metres of altitude. We travelled in two vehicles. In the first vehicle were two soldiers, one of them the Major of the Demining Unit of Calama. We followed closely in the second one, afraid of losing sight of them in one of the turns or forks in the road. We took a shortcut through a barely marked path, which was sinking into a ravine squeezed in between steep mountainsides. After 4 or 5 hours of penetrating the altiplano we stopped in front of what was left of a green rusty sign. We had reached the point of the frontier where the presence of the Huaytiquina minefield was announced: "Peligro Campo Minado, Danger Mine Field, Peligrowa Aka Pampa Minatawa". The sign was coupled with gates on both sides of the road.

When lowering the car window, the cold and dry air hit our skin despite the presence of the sun. We slowly started getting out of the car, waiting for our guides to take the initiative. The silence enveloped the place and at every step the sand creaked with strange clarity. No one had stepped on the area behind the gates for over 40 years, so there must have been differences in the vegetation.

Have the yaretas or the Peruvian feathergrass grown differently? Extracted from the landscape and territory, has this place that was forbidden for people and animals turned into a small sanctuary for other forms of life?

The old international road crosses the minefield of Huaytiquina, a narrow track through which it is still possible to cross the minefield from end to end. When peeking over the wire fence, no further than 2 metres from the side of the road, it is possible to see rows of landmines the size of a can of tomato sauce poking out from the ground.

The strategy to lay the Huaytiquina field was to position an anti-tank mine at the centre and five anti-personnel mines surrounding it, then repeat this grouping of explosives transversally and horizontally to form an invisible network. Over time, the erosion caused by the wind has unearthed the landmines, revealing an explosive grid that remains intact until today.

Nobody uses this path, at least no one who wants to be found. The alleged enemy for whom those mines were laid in the first place certainly never ventured here. A huge rock leans on the edge of the wiring, creating a step that enables us to climb to what could be a viewpoint above the minefield. Paula climbs the rock, takes a seat and looks around. From this place each mine can be clearly seen, laid out on the ground. This general vision of the minefield transmits a bizarre feeling of control and power. It's a comfortable place to start capturing material through notes and drawings.

The Major decides to cross the wiring, moving directly towards the group of landmines buried just below the rock where Paula is sitting. Quickly and decidedly, as if he were repeating an everyday routine he has performed hundreds of times, he grabs one of the mines with his own hands and raises it right to Paula's eye level. He proceeds with a brief demonstration of how to deactivate the bomb. He talks about its components, including the metallic detonator that it is necessary to extract in order to deactivate it. According to him, if the landmine does not feel the pressure of the 8 kilograms that are required for it to detonate, it is completely safe. Even if it has been buried for over 40 years and all its functions are still intact. This is what defines the continuity of a minefield in the landscape. Landmines do not have an expiration date. They endure time, waiting for the moment they feel the pressure. Until then, neither rain, saline air, nor snow will affect them. The plastic carcass protects

the explosive interior that is waiting to see the sun.

Paula climbs down the rock to get away. She jumps over the barbed wire from the border, towards the road. Her fall far outreaches the necessary 8 kg that detonates landmines. She steps back without looking behind her, seemingly walking normally. The Major insists on following her with the supposedly deactivated landmine in his hand, without noticing that the demonstration was never welcome. Paula moves to the opposite side of the path because she is trying to avoid the Major. But his steps are wider, shortening the distance. They are moving towards the rest of the group, who have not seen the sequence that just occurred and who look with curiosity at what the Major has in his hands.

Something changed in us the moment we had the mine casing close to our faces. In a very concrete way, we were exposed to dangers that weren't in our plans. Until then, we believed that the explosive reality of the minefields was contained within the barbed wire, in a place that would not affect us as long as we kept our distance and took the necessary measures. We got involved in this project being certain about this from the beginning. We got the Demining Commission involved, which deepened this conviction. They were the experts who would protect us from any danger. However, the reality of a minefield, and the fluid and unpredictable ways in which one interacts in a territory, made evident that the risk of an explosion cannot be controlled in the manner we had anticipated. Evidence of this comes from the multiple accidents we eventually became aware of, which continue to occur in the area and even involve the expert deminers.

Undoubtedly, our own will to maintain the illusion of stability and control broke in that moment. Our artistic ambition to register a minefield from within became debilitated. From that instant, the territory of the Atacama Desert was not the same for us.

It has taken us several months to process and understand the sequence of events in which we were involved in Huaytiquina. Although no accidents occurred, we remember the experience with a latent anxiety, which floods back when imagining the possibility: "What if it would've happened...". In a certain way it did. The mere fact of knowing that you are exposed to danger, and becoming part of the uncertainty of a minefield, transforms the understanding of an uncertain territory; a territory that becomes a weapon.

Uncertainty seemed to be a natural part of the territory. We had been exposed to it, and we understood that it would not be controlled by merely removing the anti-personnel mines. The simple trust in the statistics, which declared the possibility of stumbling upon a forgotten landmine *practically* null, did not seem sufficient.

But, isn't normalising a territory that has been transformed by uncertainty part of the current climate crisis? As we write this, the fires in Australia are so intense that the ash has reached Santiago over 11,000 km away. The Arctic tundra is melting and liberating methane gas that is exploding onto the surface. The araucarias in Nahuelbuta are under stress. A combination of factors, such as less rain, more heat and lack of snow favour the presence of a fungus that has caused the mass extermination of the species. The drought in Syria (the worst in 900 years) has affected agriculture and the survival of millions of people who have been displaced into the cities. This has deepened the refugee crisis, at the same time destabilising the European political system. The headlines are evidence that the climate crises are happening one after the other at an alarming rate. Evidently, as Humboldt announces at the beginning of 1800 with his notion of Naturgemälde, nature is interconnected by patterns and processes at a global scale.

Science models the effects of climate crisis (temperature increase, sea level, etc.). However, indirect impacts or components are extremely difficult to describe analytically. The climate crisis aggravates the uncertainty of the territory under our feet and the air above our heads. Even the United Nation's IPCC (Intergovernmental Panel on Climate Change) admits that "there are very few projections of compound extreme events, and interactions between multiple drivers are difficult to predict".

In this way, the iteration of The Landmine Project opened a phase of experimentation and learning about the conditions of instability. How can we approach uncertainty not simply as an antithesis of control, but as a source of other possible experiences for the territory? What would happen if the climate crisis challenge went beyond constructing new certainties about the territory? What if it also became about using uncertainty to reveal the imaginary nature of the territory?

This lays out two matters that are in tension with each other. On the one hand, how to appreciate uncertainty as part of the natural order of things, instead of as something that can be overcome by its opposites: certainty and control. On the other hand, understanding uncertainty as a subjective state of knowledge —the perceptions and understanding of the phenomena is uncertain—, and not simply as an objective condition of the world -phenomena that exists externally or beyond the limits of our knowledge.

Vijhuizen, The Netherlands, July 2019

When we decided to take The Landmine Project to the Kunstfort Museum in The Netherlands, the question about the landscape-as-a-weapon began to extend to other landscapes and temporalities, which we had yet to consider.

The Kunstfort Museum is part of the Stelling van Amsterdam -the Fortress Ring of Amsterdam-, a complex of canals that surrounds the city of Amsterdam. It was built at the end of the 19th Century to defend against an enemy they assumed would invade Amsterdam by land. The logic was simple: in the case of invasion, over 135 kilometres of canals would flood in order to control the crossing of cavalry and soldiers on foot. Nonetheless, the story unfolded differently. The inventors did not envision the arrival of aviation, which transformed the landscape in a senseless exercise, listed as one of the most expensive in modern history. The creation of planes blurred the promises of military victories that were to be brought by the defence waters. Instead, they remained in the imagination of the engineers who saw the German planes flying over their heads when they invaded Amsterdam in May 1940.

Somehow, the Kunstfort is a portal to the certainties that marked another era. This fort was certainly built with a mentality that privileged security and stability through the strength of the infrastructure. The walls, which were several metres thick, are one of the first modern concrete constructions. The rooms, that accommodated the Nazi army during World War II, are the facilities that nowadays welcome artists from around the world.

The Kunstfort site, accessible only via a small wooden bridge that crosses the canal that surrounds it, has a sign at the entrance that proclaims, "YOU ARE NOW ABANDONING THE UNPROTECTED OUTSIDE WORLD". Although set up for us to stay overnight, the access is closed, and we are locked inside. When

the thick iron doors of the rooms are closed there is total silence. The darkness is absolute. We might as well have been buried in a moat.

The silence wraps around our ears and echoes inside us, and the rhythm of our hearts suddenly accelerates because of the feeling of imprisonment and the ghosts of previous occupants.

The concrete building speaks of that other time. Of the fragility of the alleged uncertainties and of the limitations of those who gave up their lives, building futures that never arrived.

Who were those invited to envision possible futures? Who defines the tools and systems that determine what territories like Huaytiquina and the Stelling van Amsterdam will turn into? It is clear that the systems—for thinking, politics and participation—were not capable of anticipating the possibilities that were open to them within these territories.

Nonetheless, it is this same instability and uncertainty that today allows us to break from the inherited analytical systems and allow a new field of opportunities to emerge. In this sense, through the work at Kunstfort we experimented with other possible worlds; other ways of inhabiting. We contemplated the way that territory evolves and the implications of feelling part of a territory. Imagining yourself as water, a bird or a rock, for example. We designed an experiment in which we could navigate uncertainty through imagination.

With an intention to open new possibilities and to detonate perceptions about a territory like Stelling van Amsterdam, we involved the neighbours and local artists by asking: "What if we can't trust the ground under our feet?" This was the trigger for our collaborators to start exploring the place. We conversed with them in a visual and written dialogue, which produced utopian, dark and fantastic visions of the territories, yet all real. While for some, like *Mijke van der Drift* and Elise van Remis, 'the place' is a sum of past events evolving into the future, for others, like Ding Ren and Mike Karabinos, the territory is a stage ready to create characters. Moreover, others such as *Tjitske Baarda* merge with the space, seeing themselves as part of the landscape. These contributions, which we have partly published in this book, collectively reflect a territory-palimpsest. That is to say, a place as tangible as it is imaginary, and as real as it is uncertain.

It seems evident that these landscapes are inhabited, experienced, negotiated and constructed as current territories in an eternal 'What if?' (What if...?) The territory, as collective imagination, is armed and disarmed with our ideas and experiences. At the Kunstfort, we saw that regardless of the permanent threat of flooding, the constant negotiations of meaning become stable, thus minimising the feeling of danger. It seems that for this to work, we need to create frictions of control and stability; an attempt at making the territory evolve into a stable category. However, we know that it is not possible. Today, more than ever, in this scenario of instability, we feel little control over our future options. The certainties of the past have transformed into bombs that explode in our faces, opening our consciousness to another understanding: the blind spot of our own ignorance.

We will have to abandon the fiction of our stability. Understand that the territory is built within representation. But, how will we manage to represent uncertainty when fluidity is precisely its main characteristic? How do we stabilise something that we are a part of, which includes territory and people, and that changes unpredictably? How do we project ourselves into the future from an unstable and irreducible present?

In 2020, a huge bomb of uncertainty blew out with the start of the COVID pandemic. Not in a faraway territory, but in our daily lives. In our homes. While we patiently wait for the threat to pass, the media compulsively repeats the current news, unveiling a brutal inability of imagining likely futures. Doubt has come to stay, tangible and concrete, on a planetary scale. In this context, the notion of inhabiting uncertainty gains momentum. No longer from an academic and reflexive perspective, it is a strategy to overcome this new state of global emergency. This is how art, in its capacity of imagining possible worlds, renews its power. Beyond the discipline oppressed by the logics of capital, beyond reactionary cultural productions, art emerges as a survival tool. Imagining and dreaming is an important part of the mission. Art allows us to become involved using uncertainty as a tool, making us uncomfortable not knowing what will happen. In sum, art as a vessel to navigate uncertainty.

Anda a un lugar en el Stelling van Amsterdam.
Si no puedes ir físicamente, usa tu imaginación. Cuando estés allí, lee la segunda instrucción.

Please go to a place in the Stelling van Amsterdam.
If you cannot go physically, please use your imagination.
When you are there, go to the second instruction.

—¿Como te sientes?

Me siento aventurera. Es un lugar en el que nunca he estado.
Respuesta de Ding Ren

Estoy aquí y miro los ladrillos, la sal gotea del concreto. Pequeñas cámaras huecas, se ocultan a la vista, pero no para quien sabe dónde mirar, cómo ver. Estoy mirando este esfuerzo y pienso en las vidas desperdiciadas en un proyecto como este. Estoy un poco melancólica. El agua salada del mar se volvió dulce con el tiempo. No debe haber más inundaciones, pero seremos arrastrados por el agua. Una fortaleza hundida en el mar. Lentamente hundiéndose en el pantano que es el prado que lo protege, solemne y obsoleto: incapaz de detener cualquier peligro que se le presente.
Respuesta de Mijke van der Drift

Sintiéndome bastante feliz después de ir al fuerte y encontrarlo cubierto de ovejas, todos se preguntan qué estamos haciendo allí.
Respuesta de Mike Karabinos

—¿Está lloviendo ahora?

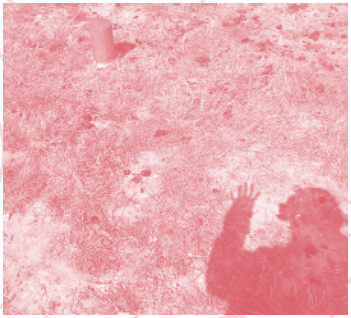
No llueve, pero hay viento. Siempre hay viento. También siempre está húmedo. El agua empuja el fondo de la tierra y necesita ser evacuada todos los días. Lentamente es bombeada y ordenada en los canales. La arcilla pantanosa solía ser fértil, pero se está agotando por el uso excesivo. ¿Qué pasará si ya no produce buena comida nunca más? ¿Tendrá el agua su tiempo de caducidad? ¿Puede volver el pantano?
Respuesta de Mijke van der Drift

No, pero estoy mojada de todos modos, porque estoy en el agua.
Respuesta de Tjitske Baarda



—¿Puedes mostrarme lo que ves desde el lugar donde estás parado?

Caminé alrededor. Subí a la cima del fuerte y, por supuesto, fue difícil no distraerme con todas las ovejas madres y sus corderos, eran tan dulces. Comencé a notar algunas cosas plásticas que salían del suelo. ¿Qué crees que son?
Respuesta de Ding Ren



—Juguemos un juego ... Si fueras parte de ese paisaje, quiero decir, si pudieras convertirte en una roca, un árbol, un pájaro o uno de los canales de agua ... **¿qué serías?**

Yo sería esta planta de cardo en la esquina, cuidando las ovejas. Hice un video, estoy siendo soplada por el viento.
Respuesta de Ding Ren



Si pudiera ser parte de este paisaje, sería una de las hortalizas históricas que han crecido en este lugar durante muchas décadas antes de que esta carretera fuera planificada aquí.

Durante mucho tiempo, la agricultura solía ser vital para las personas que viven aquí en Haarlemmermeer y también para las personas de los pueblos cercanos. Muchas familias dependían de una buena temporada en el campo, para tener trabajo y alimentación.

Sería algo así como este vegetal en las mesas de las familias
Respuesta de Elise van Remis

Un pequeño dragón de agua y viento. Me arrastro en el barro, nado en el agua, vuelo en el aire entre los árboles susurrantes.
Respuesta de Tjikse

How are you feeling?

I feel adventurous. It is a place I have never been.
Response by Ding Ren

I am here and look at the bricks, salt dripping out of the concrete. Small, hollow chambers – disguised but not if you know where to look, how to see. I am looking at this endeavour and think of the lives wasted on a project like this, in a project like this. I'm mildly melancholic. The water of the salty sea turned sweet over time. There needs to be no more inundation, but we will be washed away. A fortress sunken in the sea. Slowly sinking in the morass that is the meadow it guards, solemnly and obsolete: unable to have ever halted any danger that came its way.
Response by Mijke van der Drift

Feeling quite happy after riding to the fort and finding it covered in sheep, who all wonder what we're doing there.
Response by Mike Karabino

—Is it raining now?

It is not raining, but it is windy. It is always windy. It is also always damp. The water nudges the bottom of the land and needs to be evacuated every day, slowly being pump in orderly channels. The swampy clay used to be fertile, but is withering through over-use. What will happen if it doesn't grow good food anymore? Will the water get its due? Can the swamp come back?
Response by Mijke van der Drift

No, but I am wet anyway, because I am in the water.
Response by Tjitske Baarda



—Can you show me what you see from the place you are standing?

I walked around. I climbed on top of the fort and it was of course difficult to not be distracted by all the sheep—mamas and their lambs—they were so sweet. I started to notice some plastic things coming out from the ground. What do you think they are?
Response by Ding Ren



—Let's play a game… If you were part of that landscape, I mean if you could become a rock, a tree, a bird or one of the water channels... **what would you be?**

I would be this thistle plant in the corner, watching over the sheep. I took a video, I am being blown around by the wind.
Response by Ding Re

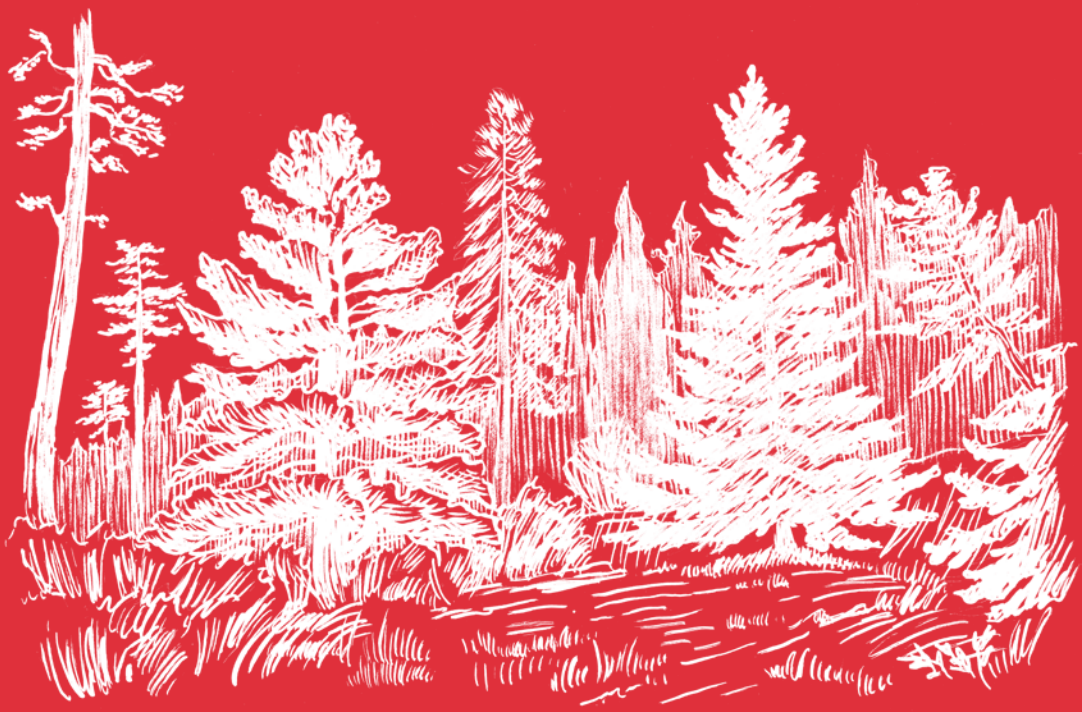


If I could be a part of this landscape, I would be one of the historical vegetables which have grown right at this spot for many decades before this highway was landscaped here.

For a long time, Agriculture used to be vital for the people living here in Haarlemmermeer and also for the people in the villages in the neighbourhood. A lot of families were dependent of a good season in the field, for work and food.

I would be something like this vegetable at the tables of the families.
Response by Elise van Remis

A small water & wind dragon. I crawl in the mud, swim in the water, fly in the air between the whispering trees.
Response by Tjikse



Caminando sobre números

Theo Reeves-Evison

En 2013, en un área urbana cercana a la ciudad inglesa de Newcastle, un grupo de activistas ambientales locales sintió que la tierra temblaba bajo sus pies. El movimiento, en esta etapa imperceptible para muchos de los que luego se verían afectados, no fue el resultado de una actividad sísmica, sino la introducción de una idea al debate local. Esta idea propuso que el valor de la naturaleza puede representarse adecuadamente por un solo número, en este caso 122,5 y, en consecuencia, destruirse siempre que una parcela de tierra con un valor equivalente esté protegida en otro lugar. Por más simple que esta idea parezca, gesta un proceso que tiene efectos de largo alcance, lo que tiene como resultado la penetración cada vez más profunda de la lógica de mercado en la conservación encapsulada en la idea de la "financiarización de la naturaleza"[1] . En esta área particular del norte de Tyneside, significaba que un ecosistema podía convertirse en un stock de "créditos de biodiversidad", desvinculado de las particularidades de su ubicación o historia. Tal conversión puso en marcha un proceso de abstracción que separa las ecologías de su especificidad biofísica, convirtiendo así la tierra en un líquido que puede fluir de un lugar a otro, a menudo acompañado de fugas.[2]

El ejemplo, revelado en un estudio más detallado del ecologista político Elia Apostolopoulou, incorporó la eventual construcción de 366 residencias ejecutivas en uno de los últimos espacios verdes de un área urbana.[3] Tras llevar a cabo una

---

[1] Neil Smith, *Nature as Accumulation Strategy*. Socialist Register 43 (2007): 1–21.

[2] La fuga es un problema en casi todos los esquemas de crédito, pero es particularmente frecuente en el comercio de emisiones, donde la 'fuga de carbono' se refiere a una situación en la que las políticas climáticas en realidad aumentan la cantidad neta de CO2 en la atmósfera, debido a que las empresas mueven sus actividades a mercados menos regulados.

[3] Evangelia Apostolopoulou and William M. Adams, *Cutting Nature to Fit: Urbanization, Neoliberalism and Biodiversity Offsetting in England*. Geoforum 98 (2019): 214–25. https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2017.05.013.

planificación fallida, el desarrollador finalmente logró obtener el permiso para usar el sitio con la condición de que su impacto fuera equilibrado mediante la creación de un "sitio de compensación" en otro lugar.[4] No obstante, el sitio de compensación se ubicaría a varias millas de distancia; no contemplando los lazos socioculturales establecidos entre los residentes y el espacio verde existente. Si los residentes que perdían su espacio verde local estuvieran dispuestos a conducir, no encontrarían su reemplazo del todo accesible, ya que este contemplaba un plan que restringía deliberadamente el acceso al sitio mediante barreras físicas alrededor de su perímetro[5].

El tamaño del terreno y la población afectada en este ejemplo es relativamente pequeña. Sin embargo, en forma miniaturizada, encapsula un proceso que ahora ocurre en todo el mundo: desde los antiguos bosques de las regiones interiores británicas, hasta los bosques de turba de las islas exteriores en Indonesia.[6] La "neoliberalización de la conservación" ha propiciado la abundancia de proyectos recientes que tratan los ambientes como activos fungibles que pueden usarse para compensar la destrucción medioambiental en otros lugares. En muchos de estos proyectos, como en el ejemplo señalado anteriormente, el establecimiento de sitios de compensación corresponde a lo que el periodista del Guardian John Vidal llama "acaparamiento verde", es decir, el uso de políticas y proyectos ambientales como una herramienta de despojo.

La comunidad desposeída de su relación con la tierra en el ejemplo anterior tenía un estatus económico significativamente inferior que lo presupuestado en el caso de las "residencias ejecutivas" que se construirían posteriormente. En los esquemas de compensación global, las comunidades indígenas son las que se ven más afectadas. En el extremo más violento de este espectro —grupos como el pueblo Sengwer en el oeste de Kenia, cuyo territorio ancestral abarca el bosque Embobut en las colinas de Cherangany— han sido desalojados de sus tierras por la fuerza.[7] Mientras que en décadas anteriores, este acto violento

[4] Dan Brockington and Rosaleen Duffy. *Capitalism and Conservation: The Production and Reproduction of Biodiversity Conservation*. Antipode 42, 3 (2010): 469–84

[5] John Vidal, *The great green land grab*. The Guardian, 13 February 2008. Available from: http://www.guardian.co.uk/environment/2008/feb/13/conservation [Accessed 01 September 2019].

[6] Evangelia and Adams, *Cutting Nature to Fit*; John F McCarthy, Jacqueline A.C. Vel, and Suraya Afiff, "Trajectories of Land Acquisition and Enclosure: Development Schemes, Virtual Land Grabs, and Green Acquisitions in Indonesia's Outer Islands." Journal of Peasant Studies 39, no. 2 (2012): 521–49. https://doi.org/10.1080/03066150.2012.671768.

[7] Justin Kenrick, *Kenyan Government torches hundreds of Sengwer homes in the forest glades in Embobut*. Forest Peoples Programme, 20 January 2014. Available from: http://www.forestpeoples.org/topics/legal-human-rights/news/2014/01/kenyan-government-torches-hundreds-sengwer-homes-forest-glade [Accessed 01 September 2019].

de despojo podría haber sido provocado por la promesa de ganancias a costa de la deforestación o extracción mineral; en este caso, los desalojos estaban justificados por la necesidad de bosques con compensación de carbono para mantener esquemas como 'REDD' (por sus siglas en inglés: reducir las emisiones de la deforestación y degradación). Debido a que estos bosques casi siempre están ubicados en el sur global, y actúan como pulmones para absorber la contaminación causada por las industrias del norte global, no es difícil entender cómo para muchos esto representa un nuevo método mediante el cual asecha el colonialismo.

Según algunos académicos, el acaparamiento verde se ha ido dando en la medida que existen proyectos políticos verdes dañinos, que antes de ejecutarse, cortan los lazos socioculturales entre comunidades y lugares con el fin de establecer parques y reservas forestales para crear sitios de sumideros de carbono.[8] Lo nuevo de estos esquemas son las tecnologías financieras que ahora sostienen dichas formas de despojo. Si bien las tecnologías digitales están involucradas en todos los aspectos de las finanzas ecológicas, desde la creación de inventarios forestales por medio de la fotogrametría, hasta el comercio de alta frecuencia de los créditos de carbono que a la postre apoyan; es la financiación como una tecnología de abstracción en sí misma la que fomenta más el acaparamiento verde.

Antes de que se hayan realizado los cálculos del valor de un ecosistema, son las finanzas las que facilitan su construcción como objeto discursivo, dividiendo la naturaleza humana y no humana y regulando los puntos de contacto entre ambas.

Esta mirada verde no considera la historia de la relación de una comunidad con su tierra, o la compleja malla de especies que la transforman de un espacio a un lugar, sino una serie de servicios, desde la absorción de carbono hasta el suministro de agua, que pueden desglosarse el uno del otro y negociarse en un mercado global.[9]

---

[8] Ver por ejemplo Paige West, James Igoe and Dan, *Parks and peoples: the social impact of protected areas.* Annual Review of Anthropology, 35, (2006) 251–77.

[9] Junto a Josh Bowsher he escrito en detalle sobre estos procesos como una encarnación de una "derivada ecológica" la cual integra las lógicas propias de las finanzas sobre la conservación de una manera que es incompatible con los ecosistemas mismos. Véase Josh Bowsher y Theo Reeves-Evison, "On Capital's Watch: Derivative Ecology and the Temporal Logic of Biodiversity Credits", New Formations.

La pregunta sigue siendo, ¿qué debemos hacer para despojarnos de esta mirada verde y ver los ecosistemas como entidades dinámicas con una especificidad que no se puede compensar? Quizás la respuesta recaiga en las comunidades, grandes o pequeñas, que desde siempre han estado cultivando las artes de la conexión dentro de sus ecologías.

Walking on numbers

Theo Reeves-Evison

In 2013, in an urban area close to the English city of Newcastle, a group of local environmental campaigners felt an earth tremor beneath their feet. The movement, at this stage imperceptible to many of those who would later become affected, was not the result of seismic activity, but the introduction of an idea into a local debate. This idea proposed that the value of non-human nature can be adequately represented by a single number, in this case 122.5, and consequently destroyed so long as a parcel of land bearing an equivalent value is protected elsewhere. As simple as this idea may seem, it contains the seeds of a process that has far-reaching effects, resulting in the ever deeper penetration of market logic into conservation encapsulated in the idea of the 'financialisation of nature'.[1] In this particular area of North Tyneside it meant that an ecosystem could be converted into a stock of 'biodiversity credits,' unmoored from the particularities of location or history. Such a conversion sets in motion a process of abstraction that releases ecologies from their biophysical specificity, turning land into a liquid which is able to flow from one place to another, often accompanied by the attendant effects of leakage. [2]

The example, brought to light in a more detailed study by the political ecologist Elia Apostolopoulou, involved the eventual construction of 366 executive homes on one of the last green spaces in an urban area.[3] After an unsuccessful planning application, the developer was eventually granted permission to use the site on condition that its impact was balanced out by the creation of an

[1] Neil Smith, *Nature as Accumulation Strategy*. Socialist Register 43 (2007): 1–21.

[2] Leakage is a problem in almost all credit schemes, but it is particularly prevalent in emissions trading, where 'carbon leakage' refers to a situation where climate policies actually increase the net amount of C02 in the atmosphere, due to companies moving their activities to less regulated markets.

[3] Evangelia Apostolopoulou and William M. Adams. *Cutting Nature to Fit: Urbanization, Neoliberalism and Biodiversity Offsetting in England."* Geoforum 98 (2019): 214–25. https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2017.05.013.

'offset site' elsewhere. With little concern for the socio-cultural ties established between the residents and the existing green space, the offset site would be located several miles away. If the urban residents who were loosing their local green space were willing to drive, they would not find its replacement particularly amenable to visitors, with a plan to deliberately restrict access to the offset site by means of physical barriers around its perimeter.

The size of the land and the population affected in this example is relatively small. Nevertheless, in miniaturised form it encapsulates a process that is now taking place all over the world: from the ancient woodlands of the British midlands, to the peat forests of Indonesia's outer islands.[4] The 'neoliberalisation of conservation' has enabled a profusion of recent projects that treat environments as fungible assets that can be used to compensate for environmental destruction elsewhere.[5] In many of these projects, as in the example detailed above, the establishment of offset sites comprises what *Guardian* journalist John Vidal calls 'green grabbing'—that is, the use of environmental policies and projects as a tool of dispossession.[6]

The community dispossessed of their relationship to the land in the above example had significantly lower economic status than those presupposed by the 'executive homes' that would eventually be constructed. In global offsetting schemes, it is often indigenous communities that are affected. At the more violent end of this spectrum, groups such as the Sengwer people in western Kenya, whose ancestral territory covers the Embobut forest in the Cherangany Hills, have been forcibly evicted from their land.[7] Whereas in previous decades this violent act of dispossession might have been triggered by the promise of profits from deforestation or mineral extraction, here evictions are justified by the need for carbon offset forests to feed into schemes such as 'REDD' (Reducing Emissions from Deforestation and Degradation). Given that these forests are

[4] Evangelia and Adams, "Cutting Nature to Fit"; John F McCarthy, Jacqueline A.C. Vel, and Suraya Afiff, "Trajectories of Land Acquisition and Enclosure: Development Schemes, Virtual Land Grabs, and Green Acquisitions in Indonesia's Outer Islands." *Journal of Peasant Studies* 39, no. 2 (2012): 521–49. https://doi.org/10.1080/03066150.2012.671768.

[5] Dan Brockington and Rosaleen Duffy. *Capitalism and Conservation: The Production and Reproduction of Biodiversity Conservation.* Antipode 42, 3 (2010): 469–84

[6] John Vidal, *The great green land grab.* The Guardian, 13 February 2008. Available from: http://www.guardian.co.uk/environment/2008/feb/13/conservation [Accessed 01 September 2019].

[7] Justin Kenrick, *Kenyan Government torches hundreds of Sengwer homes in the forest glades in Embobut.* Forest Peoples Programme, 20 January 2014. Available from: http://www.forestpeoples.org/topics/legal-human-rights/news/2014/01/kenyan-government-torches-hundreds-sengwer-homes-forest-glade [Accessed 01 September 2019].

usually located in the global south, acting as lungs to suck up the pollution caused by industries in the global north, it is not difficult to see how for many they represent a new method by which colonialism rears its ugly head.

As some scholars have pointed out, green grabbing has been going on for as long as there has been a green political project to weaponise, with the socio-cultural ties between communities and places cut in order to create parks and forest reserves before it was done in the name of establishing carbon sinks.[8] What is new about these schemes is the financial technologies that now subtend such forms of dispossession. Whilst digital technologies are involved in every aspect of ecological finance, from the creation of forest inventories by means of photogrammetry, through to the high frequency trading of the carbon credits they eventually support, it is finance as a technology of abstraction in itself that does most to support green grabbing. Before calculations of an ecosystem's worth have even begun, it is finance that facilitates its construction as a discursive object, partitioning human and non-human nature and regulating the points of passage between the two.

This green gaze does not see the history of a community's relationship to the land, or the complex meshwork of species that transform it from a space into a place, but a series of services —from carbon absorption to water provision—that can disaggregated from one another and traded on a global market place.[9] The question remains, what needs to be done to disabuse ourselves of this green gaze and see ecosystems as dynamic entities with a specificity that cannot be offset? Perhaps the answer lies with the communities, however big or small, who have been cultivating the arts of connection within such ecologies all along.

[8] See for example Paige West, James Igoe and Dan. *Parks and peoples: the social impact of protected areas.* Annual Review of Anthropology, 35, (2006) 251–77

[9] Elsewhere I have written, together with Josh Bowsher of this process as an embodiment of a 'derivative ecology' that embeds the logic of finance into conservation in a way incompatible with ecosystems themselves. See Josh Bowsher and Theo Reeves-Evison, *On Capital's Watch: Derivative Ecology and the Temporal Logic of Biodiversity Credits.* New Formations, forthcoming.



5 de octubre de 2019, Rotterdam, Países Bajos

Weronika Zielinska-Klein

Después de dos embarazos, me di cuenta que mi memoria está mucho más fragmentada que antes. Además, tiendo a idealizar mis recuerdos de infancia, pero seamos honestos, ¿no lo hemos hecho todos con el paso del tiempo? Actualmente no tengo una habitación propia. Estoy sentada y erguida en nuestra cama en el dormitorio, poniéndome cómoda con la ayuda de la música de meditación que los audífonos emiten tranquilamente. OK, no del todo cómoda, ya que el resultado opuesto podría ser quedarme dormida. Entonces, al menos finjo que no escucho ningún ruido proveniente de abajo o de la habitación contigua.

... Y es así, como me traslado a mis recuerdos de hace treinta años atrás... Moviéndome a través de las fronteras mentales, tras quince años de vida como migrante. Tratando de recordar lugares que no he visto, o pensado, durante décadas.

Vengo de una ciudad llamada Police[1] *(**polítsè**)*. Sí, así se escribe. Nos trasladamos allí, desde Szczecin, cuando tenía 3 o 4 años, lo que debió haber sido en 1988. Mi papá recién se había cambiado de trabajo, de un puesto en el astillero Szczecin, fundado después de la Segunda Guerra Mundial, a la planta química de la cuidad de Police, la nueva y más grande compañía productora de fertilizantes minerales del país, ubicada entre Police y la aldea de Jasienica. Mis padres deben haber visitado Police una vez antes. En el complejo habitacional Chemik, construido por la corporación de viviendas de los trabajadores de la planta —en

[1] *Police* significa policía en inglés.

un terreno que había sido gradualmente desminado— convivíamos con muchas otras familias jóvenes que también vislumbraban el sueño de un nuevo hogar. Ahí vivimos el fin oficial del estado comunista, el 4 de junio de 1989, después de las primeras elecciones parcialmente libres.

Durante su niñez, ¿alguna vez se preguntaron si su paisaje más cercano y familiar podría ser poco confiable? ¿Podría ser incierto, ambiguo, o de cierta forma peligroso? Y hasta ahora, ¿han sido conscientes de cuán vagas, especulativas, imprevisibles y cambiantes pueden ser sus particularidades?

En la nueva parte de Police todo parecía igual. Aunque por dentro es posible ver cerca de seis configuraciones distintas de departamentos, por fuera se observan bloques de departamentos del mismo tamaño y de cinco pisos como máximo, todos construidos con las mismas losas enormes de hormigón. Dispuestas en forma diagonal, vertical y horizontal a las pequeñas calles y aceras recién construidas. Con una perspectiva desde las ventanas de la cocina hacia los estacionamientos ubicados al frente, estaban los balcones elevados sobre los modestos campos de hierba. Aun así, había algo hermoso y mágico en Police. Sus casi infinitos bosques que rodeaban toda la ciudad, resultaban ser increíbles lugares de entretención, o sitios donde la naturaleza salvaje se encuentra con nuestra historia más oscura, algo de lo que no se es muy consciente en la infancia.

Recuerdo una vez que jugaba fútbol con mi papá, con una pelota de plástico dura a rayas blancas y rojas en nuestra nueva, pero aún vacía, sala de estar. Ambos tratábamos de no patear la pelota hacia los jarrones de vidrio que mi mamá acababa de acomodar cuidadosamente entre el suelo y la pared. ¡BOOM! Un jarrón se rompió.

O estar afuera una mañana, frente a nuestra escalera mientras esperaba a mi madre para ir a la escuela. Viendo pasar a dos niñas chicas vecinas y sintiéndome tan orgullosa de tener a mi hermana mayor parada a mi lado, sin tener que decir: ¡hola! y hacer el primer contacto.

El nombre Police proviene de la palabra ***pole***, que en muchas lenguas eslavas significa “campo”. Hasta 1945, la ciudad llevaba el nombre alemán Pölitz. La localidad de unos 41.500 habitantes en la actualidad está situada en el río Oder y su estuario, al sur de la laguna de Szczecin y de la bahía de Pomerania. Se

encuentra rodeada por el bosque de Wkrzańska y a unos 15 kilómetros al norte del centro de Szczecin. El puerto de Police es el quinto punto de transbordo entre los puertos fluviales polacos por los que pasa el río Oder.

Por esos días, visitaba a mi papá en su trabajo varias veces al año. Íbamos en el bus de los empleados, que pasaba en la tarde y recorría un viaje de 30 minutos, y que dos veces al día cruzaba la conocida calle de las tuberías, que literalmente corta el bosque por la mitad, con muchos búnkeres y viejos silos por ambos lados. Luego de llegar a un enorme terreno abierto que albergaba un peculiar edificio naranja con dos depósitos, se oía desde el comedor de los trabajadores: "¡Sopa de remolacha con papas, cubierta con cebolla frita y una compota de frutos rojos, por favor!"

En 1937, se inició la producción de gasolina sintética en las nuevas plantas de hidrogenación llamadas Pölitz AG, que se convirtieron en las mayores productoras de combustible de aviación sintético del Reich. Durante la Segunda Guerra Mundial, el campo de concentración Stutthof mantuvo un anexo en las instalaciones de las plantas. Después de la Segunda Guerra Mundial, las obras fueron desmanteladas y todo el equipo técnico fue trasladado a la Unión Soviética para un servicio de reparación. A mediados de 1946, la localidad de Pölitz pasó a ser administrada por Polonia. Luego, la ciudad pasó a llamarse Police, para dar inicio al asentamiento de polacos, principalmente provenientes del centro de Polonia y las zonas del este de la nueva frontera polaco-soviética.

Luego de trasladarnos a Police, mi madre obtuvo un empleo de profesora en un centro para niños y jóvenes con discapacidad que estaba estratégicamente ubicado. El sendero cercado, junto a unas treinta villas construidas antes de la guerra, emplazado en medio de un bello bosque, fue mi segundo hogar hasta la adolescencia, antes de ingresar a la secundaria en Szczecin. En una de sus aulas integradas recién inauguradas, continué mi educación primaria, pero antes, ingresé al preescolar que estaba justo detrás de la cerca. Allí teníamos un sencillo patio de juegos y una cancha de fútbol al otro lado de la calle que limitaba con el establecimiento. Con mis amigos solíamos jugar a diario alrededor de una gran callampa de dos metros.

Era una estructura cilíndrica de hormigón armado pintada como hongo venenoso. Recuerdo su sombrero rojo con puntos blancos en la parte superior, y las briznas de hierba verde que la rodeaban.

Un ***splitterschutzzelle*** (celda de protección contra bombas), también conocido como búnker unipersonal o sala de protección individual; estación de bomberos o refugio antiaéreo, fue diseñado para proteger a una o dos personas de los bombardeos.

Ya más grande, entre mis siete u ocho años, con mi mejor amiga, podíamos jugar afuera solas, y recorrer los mismos sitios conocidos, exactamente entre su casa y la mía; en algún lugar intermedio entre los árboles y los vestigios de la Segunda Guerra Mundial. Solíamos jugar en la parte profunda de la piscina exterior construida por los alemanes antes de la guerra, medía 50 metros de largo; y aunque ya estaba clausurada, no era impedimento para que un grupo de niñas como nosotras pudiese acceder. O bien, quedarnos después de las clases en los terrenos colindantes a la escuela para jugar cerca de los búnkeres. Este tipo de sitios, claramente no eran los lugares ideales para jugar según nuestros padres, pero ¿qué más podrían hacer? Incluso, en algún momento, conseguimos un candado de la casa del padre de mi amiga Anka, y luego instauramos nuestra propia "casita", que sería el nuevo refugio para una organización secreta contra los niños.

¡ALARMA! Alrededor de las 10:00 u 11:00 am, se activan las sirenas municipales. Se deben evacuar todas las escuelas y oficinas hasta nuevo aviso. Los habitantes de la ciudad no pueden salir de sus casas hasta que se avise lo contrario. Un poco después, supimos que en la construcción, a solo cinco minutos a pie de nuestra escuela, los constructores habían encontrado una bomba de 200 kilogramos sin detonar. Si mi memoria no me falla, eventos como este se han suscitado en más de una ocasión durante algunos años más. Según mis padres, la última gran evacuación fue en diciembre de 2018.

La última vez que estuve en un búnker fue en julio de este año en los Países Bajos. Fuimos con mi familia a la inauguración de la exposición del colectivo Border Agency en el museo Kunstfort, en Vijfhuizen. Al ingresar al recinto del búnker, nuestros dos hijos se nos apegaron inmediatamente a las piernas y nos tomaron de las manos. No pudieron disfrutar de la presentación durante los siguientes quince minutos. Al igual que nosotros, durante esos quince minutos se asombraban con la presentación, sin embargo, no lograban calmarse. En pocas palabras, mis hijos no podían separar la sensación de frío aterrador de la situación real en la que estábamos. ¿Cómo es que una exposición de arte instalada adecuadamente, que trata temas nuevos y desconocidos para ellos, de

repente se volvió tan intimidante y terrible? ¿Cómo es que algo tan habitual, mi parque infantil, mi paisaje cotidiano, mi memoria, se convirtió en algo tan adverso e inquietante para mí?

¿Qué pasa si no se puede confiar en la tierra que pisas? Esta pregunta que plantea el colectivo Agencia de Borde, en el contexto de su investigación en desarrollo, me hace reflexionar sobre algo que creo haber dado por sentado durante muchos años. Quizás cuando era niña, ni siquiera se me habría ocurrido. Cuando me pidieron que colaborara con este texto, puse en duda el impacto o relevancia de mi historia para otros. Sin embargo, hoy estoy agradecida de poder compartir mi testimonio a mi manera, que a veces puede ser desordenada; al pensar en todas aquellas personas que aún luchan a diario con la incertidumbre y el peligro de su paisaje cercano y familiar.

5th October 2019, Rotterdam, the Netherlands

Weronika Zielinska-Klein

After two pregnancies I realised that my memory is much fragmented than before. Besides, I tend to idealise my childhood memories, but let's be honest, haven't we all done in the course of time?

Currently, I don't have a room of one's own. I'm sitting up straight on our bed in the bedroom, making myself comfortable with the help of meditation music calmly releasing through the headphones. Ok, not too comfortable, as the opposite result could be me falling asleep. So at least I'm pretending not hearing any noises coming from downstairs, or the next-door bedroom.
...Going in my mind thirty years back...
Moving across mental borders of fifteen years life on immigration. Trying to remember the places I haven't seen, or thought about, for decades.

I hail from a city named Police (*polits*è). Yes, that's how it's spelled. We moved there from Szczecin when I was 3 or 4 years old, which must have been around 1988s. My dad had just changed his job—from working in the Szczecin Shipyard, founded in the aftermath of the World War II, to the Police Chemical Plant, a new country-major producer of mineral fertilizers located between Police and the Jasienica village. My parents must have had visited Police once before. Eventually, we lived in the large Chemik estate built by the plant workers' housing corporation on the gradually de-mined terrain of Police.The official end of the communist state,has been dated the 4th June 1989, after the 1st partly free elections.

When being a child have you ever wondered, whether your closest and familiar landscape could be unreliable? Could it be uncertain, ambiguous or risky, to some extent? Thus far, have you been aware of its vague, speculative, unforeseeable and wavering features?

In the new part of Police everything was looking the same. With about six different apartment plans inside, outside the same size apartment blocks of max 5 floors, all built from the same huge concrete slabs. Diagonal, vertical, horizontal to the small newly built streets and pavements. Looking through the kitchen windows on the parking lots in front, with the balconies hanging above the modest grass fields. Yet, there was something beautiful and magical about Police. Surrounding the whole city and almost never ending, forests. Amazing play sites, or places where the wild nature meets our most dark history, something as a child you are not quite aware of.

I remember playing football with my dad, with a firm white-red striped plastic ball in our new, but still empty living room. Both trying not to kick the ball at the direction of my mum's glass vases, she had just carefully stored on the floor against the wall. BOOM! One vase broke.

Or standing outside in front of our stairway while waiting for my mum to head to school one morning. Watching two neighbor girls passing by. Myself feeling so proud of having my older sister standing next to me, so I don't need to say: Hi! and make the contact first.

Police's name derives from the word pole, which in many Slavic languages, means "field". Up until 1945, it was German Pölitz, The city of nearly 41,500 population to date, is located on the Oder River and its estuary, south of the Szczecin Lagoon and the Bay of Pomerania. Surrounded by the Wkrzańska Forest and about 15 kilometers north of the center of Szczecin. The Police Port is the fifth in terms of transshipment among the Poland sea-river ports throughout the Oder.

Back in the days I had visited my dad at his work several times a year. We would take the 30-minutes drive in the afternoon employees' bus, that twice a day goes along the so-called "pipe street", which literally cuts the forest in half, with many bunkers and old silos on both sides. Once arriving to a huge open terrain with a characteristic two-storage orange building, the employees'

canteen: "Beetroot soup with potatoes on the site topped with fried onion, and a red fruits compote, please!"

In 1937 the production of synthetic gasoline started in the newly created hydrogenation plants named Pölitz AG, which became the largest manufacturer of synthetic aviation fuel in the Reich. During the World War II, an external location of the Stutthof concentration camp occupied the site of the plants. After the World War II, the works were dismantled and all the technical equipment was shipped to the Soviet Union for a reparation service. In mid-1946s, Pölitz location passed in Polish administration. The city was renamed Police and it began the settlement of Polish, mainly from central Poland and the eastern areas of the new Polish-Soviet border.

After moving to Police my mum got a teaching position in a beautifully located center for disabled children and youth. The closed-off lane with about thirty villas built before the war in the middle of a forest, became my second home up until my teenage years before I went to high school in Szczecin. In one of its newly opened integrated classrooms, I continued my primary education, but before that, I joined the preschool just behind the fence. In there we had a simple playground and a football field across the street bordering the center. Together with my friends we used to play daily around a massive two-meters high toadstool. A cylindrical reinforced concrete structure painted as uneatable poison mushroom. I remember its red hat with white dots on top and blades of green grass around.

A splitterschutzzelle (splinter protection cell) also known as one-man bunker or a single-protection room, a fire station or air-raid shelter, designed to protect one to two persons from splinters.

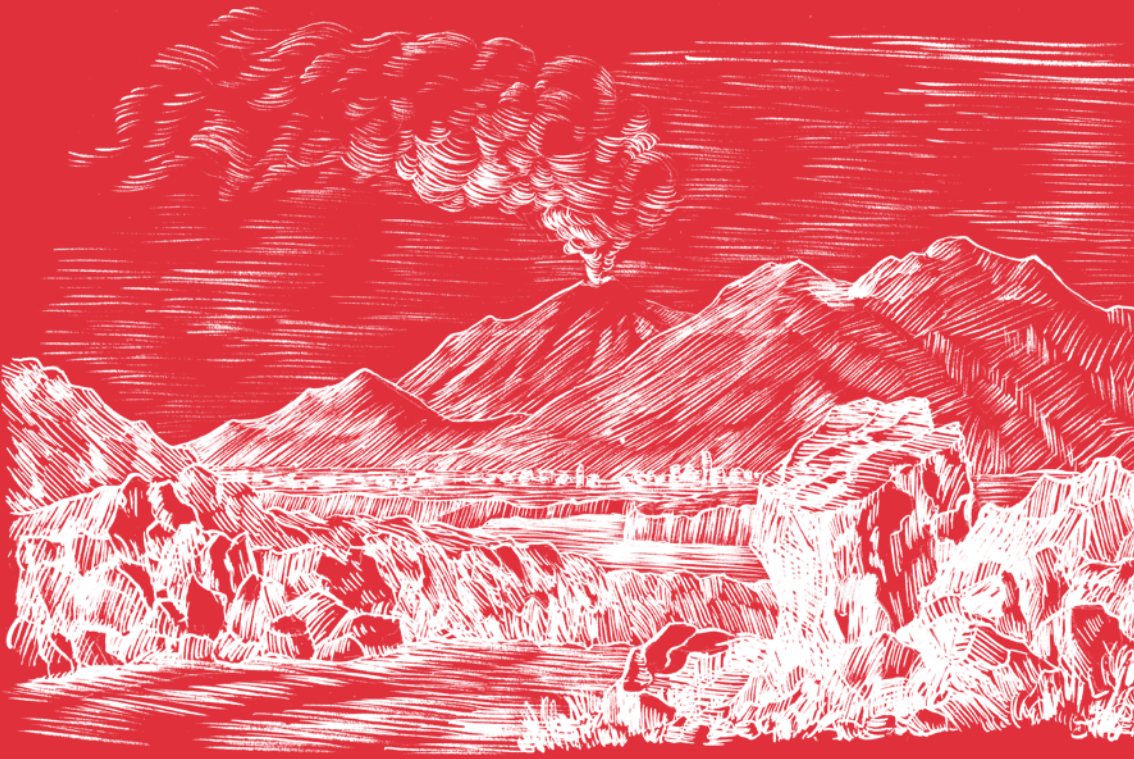
As I got older, by the age of 7 or 8 years, together with my best friend we were able to play outside on our own, and stay in the same well-known area, exactly between hers and mine home but somewhere in-between the trees and the World War II remains. Many times we would go playing inside the deep part of the 50 meters long outdoor swimming pool built by the Germans before the war, and though closed for use, yet still accessible for a bunch of kids like us. Or staying after lessons on the terrain of our school, playing in and around the bunkers in the area. Of course, places like that were not the ideal playing spots our parents would like us to be, but what could they do. At certain point,

we even got a padlock from Anka's dad so we could claim our own "tiny house" property, being the new location for the secret organization against boys.

ALARM! It's around 10-11 in the morning. The municipal sirens go on. All the school and work places need to be evacuated until further notice. The inhabitants are asked not to leave their homes until further notice. After a while we get to know that on the construction site, just 5 minutes walk from our school, the builders found an unexploded bomb of 200 kilograms. As far as I can recall, events like that have been going on from time to time for a few more years. According to my parents the last big evacuation took place in December 2018.

The last time that I was in a bunker it was in July this year in the Netherlands. Together with our family, we attended the opening of the Border Agency collective exhibition at the Kunstfort in Vijfhuizen. When entering the bunker space, both of our children immediately glued to our legs and kept holding our hands. They couldn't enjoy the presentation for at least fifteen more minutes. For fifteen minutes they wondered with us but not being able to relax. They simply couldn't separate the scary cold feeling from the actual situation-taking place. Why did a spatially arranged arts exhibition regarding new and unknown subjects to them, suddenly became so overwhelmingly intimidating and creepy? How come, something so common, my playground; my daily landscape, my memory, became so confronting and distressing to me?

What if the ground under your feet cannot be trusted? a question that Border Agency raises in their on-going research, makes me reflect on something I guess I have been taking for granted for many years. Perhaps as I child, I wasn't even thinking about it at all. When being asked to contribute with this text, I hesitated whether my story is anyhow engaging or relevant for others. Today I'm grateful for being able to tell this story in my own and sometimes messy way. Thinking of all those people who still struggle daily with the uncertainty and danger of their close and familiar landscape.



En caso de emergencia, anote

Catalina Valdés

> Desde nuestra primera niñez estamos acostumbrados a contrastar la movilidad del agua con la inmovilidad de la tierra [...] Un solo instante aniquila la ilusión de toda nuestra vida anterior; sentimos desvanecerse el reposo imaginario de la naturaleza y nos vemos transportados a un reino de fuerzas destructivas desconocidas. Cada sonido nos afecta; se despierta nuestra atención hasta permitirnos experimentar incluso el movimiento del aire; ya no confiamos en el suelo que hay bajo nuestros pies[1]

Cada cierto tiempo la historia se reescribe, no siempre por nuevos acontecimientos, sino por la emergencia de nuevos puntos de vista. La historia natural cambió de perspectiva a comienzos del siglo XIX con la afirmación de la teoría plutonista, que explicaba el origen ígneo de las formas de la corteza terrestre y con ello desencadenó un relato renovado de la historia de la formación de la tierra y del origen de la vida. Ese cambio de perspectiva fue lo que activó un sistema de definiciones que recién quedó fijado a mediados del siglo XX con la teoría de la deriva continental y de la tectónica de placas. Ese mismo cambio de perspectiva modificó además a la propia historia natural, que pasó de enunciar leyes generales de funcionamiento del mundo natural a atomizarse en una serie de especialidades que sirvieron para elaborar explicaciones cada vez más

[1] James M. Gilliss, *U.S. Naval Astronomical Expedition* vol. 1. Washington, A.O.P. Nicholson, 1855.p. 131 (corresponde a la página 93 de la versión en inglés original). Gilliss cita a Humboldt entregando como única referencia "Cosmos vol. 1" en nota al pie de página. Para las citas en castellano, hemos optado por las traducciones de la reciente edición realizada en Santiago por el Centro de Investigaciones Diego Barros Arana de la DIBAM y Septiembre Editores, 2018. En estos casos se indican los números de páginas de ambas ediciones.

detalladas de los procesos naturales a escala de detalles interconectados. Esta readecuación provocó nuevos modos de ver, medir, describir y representar, que fueron decantando en nuevos instrumentos, imágenes y prácticas. Mientras las ciencias se ajustaban a esta reformulación de la naturaleza, los terremotos se presentaron como laboratorios episódicos y localizados que ponían a prueba los mecanismos de conocimiento. Al medir estos fenómenos, algunos instrumentos se revelaron inútiles, determinados en gran medida por el alto grado de impredecibilidad de los sismos. ¿Qué pasa cuando la tierra bajo tus pies –y los instrumentos que registran sus movimientos– dejan de ser confiables?

Asumo la invitación de Agencia de Borde como una oportunidad de abordar, desde una perspectiva histórica, la fe que convencionalmente otorgamos a los instrumentos de medición de la naturaleza. También para reubicar la subjetividad del cuerpo (científico) como un implemento que da la medida a ciertos fenómenos de la naturaleza. La pregunta que busco responder –siguiendo el camino abierto por historiadores de las ciencias como Lorraine Daston y Peter Gallison[2] –interroga los modos con que se construyen los relatos de la objetividad. Tomo para esto un caso que remite al reconocimiento científico del territorio chileno durante la primera mitad del siglo XIX. Para entonces, la identidad telúrica determinaba ya el imaginario de este lugar, alimentado por las crónicas que naturalistas y viajeros habían puesto a circular durante el periodo colonial .[3] La imagen de la catástrofe estuvo desde temprano ligada a la descripción geográfica de esta región de América meridional, principalmente por terremotos, maremotos y volcanes, lo que la convertía en un destino deseable -un laboratorio al aire libre- para naturalistas provenientes de regiones menos remecidas.

Contrario a lo que podría suponerse, uno de los primeros sistematizadores de la historia de los terremotos en Chile no fue un geólogo, geógrafo ni sismólogo, sino un astrónomo. El estadounidense James Melville Gilliss, teniente de la marina, astrónomo y jefe de la expedición naval astronómica que se extendió por tres años en Chile, entre 1849 y 1852, incluyó en su informe varios apartados dedicados al tema. En su relato vemos hasta qué punto la percepción corporal y la crónica componen un método crucial para describir fenómenos complejos

---

[2] Lorraine Daston y Peter Galison (2012) *Objectivité. Dijon* : Les presses du réel.

[3] El historiador Mauricio Onetto ha recopilado diversas fuentes sobre la historia telúrica de Chile, nutriendo una larga tradición historiográfica al respecto y planteando el término catástrofe como un sello identitario local. Ver su libro *Temblores de tierra en el jardín del edén. Desastre, memoria e identidad. Chile, siglos XVI-XVIII* (Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2017).

ahí cuando la vista no tiene un objeto en particular para enfocar. Varios de los apartados del octavo capítulo del informe redactado por Gilliss a partir de su estadía en Chile, titulado precisamente "Earthquakes", combinan el registro de observación científica por medio de instrumentos con anécdotas, como la fiesta en Valparaíso que terminó en un terremoto en noviembre de 1849; o el terror de la noche del 6 de diciembre de 1850, en que el astrónomo anotó, sin disimular su miedo, todos los efectos del movimiento de tierra que se proyectaban en el mobiliario de su habitación y en su propio cuerpo:

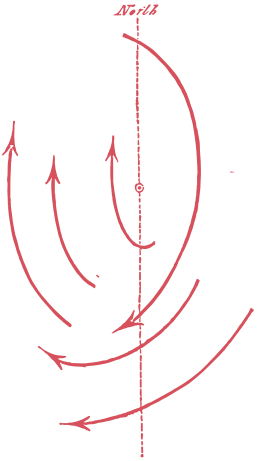
> [...] el ruido profundo y rugiente vino combinado con un estremecimiento breve y rápido del lecho, un temblor vibrante de los muros y un crujido del techo que no dejó dudas respecto a qué perturbaba mi profundo sueño matinal. Tomé el reloj que colgaba a la cabecera y salté al suelo mientras la tierra se agitaba excesivamente, con rápidos latidos que llegaban a todo lo que estaba en contacto con ella y comunicando gradualmente un movimiento oscilante a los muros y al techo. El agua del jarro en el estante saltó en pirámide a tres o cuatro pulgadas de altura y salió a cada lado en tal cantidad, que su superficie quedó a más de una pulgada bajo el borde. Las puertas de la habitación, aunque estaban con pestillo por arriba y cerradas, habían sido abiertas por completo. Los artículos suspendidos del muro entrechocaban rápidamente, las ventanas crujían como se escucha a veces en los trenes.[4]

En una carta enviada en esos días al presidente de la Real Sociedad Geográfica de Londres, Gilliss reconocía: "para mi gran mortificación el sismómetro no hizo ningún registro ambas veces" [5]. Desde este primer temblor, el sismógrafo que había hecho importar desde Escocia se evidenciaba inservible para registrar la intensidad de los fenómenos locales. La percepción corporal y las consecuencias en su entorno inmediato eran los datos; la única forma que tenía para componer las pruebas era emprender un relato. Sin tregua de réplicas, Gilliss registró el fuerte terremoto del 2 de abril desde su casa en Santiago. Ya que los instrumentos estandarizados eran aún inútiles, el astrónomo se vio obligado a elaborar un sismógrafo improvisado con un péndulo que, al oscilar, dejaba la marca del vaivén en un plato de vidrio lleno de arena negra, generando una imagen que más tarde reprodujo en su informe a modo de diagrama.[6]

---

[4] Gilliss, op. cit., vol. I, p. 143-144 (p. 105 en original).
[5] Carta de Gilliss a Sabine, *20 de enero, 1850*. National Archive Washington, RESH, Box 23-2. Archivo Nacional de Washington.
[6] Gilliss, op. cit., vol. 1, p. 110.

Al igual que en esa ocasión, las mediciones de los siguientes movimientos de tierra se llevaron a cabo con métodos muy diversos: calculando el retraso del reloj de péndulo y midiendo la marca que sustancias líquidas (agua o mercurio) dejaron al desplazarse en sus recipientes para conocer la intensidad del sismo; o analizando el corrimiento de rocas en el cerro Santa Lucía, donde había instalado el observatorio astronómico; o la formación de grietas en las construcciones de adobe para identificar su dirección. Este último dato era extremadamente significativo, ya que le permitió demostrar que los movimientos de tierra no provenían exclusivamente de las regiones cordilleranas –suposición coherente con la teoría que buscaba explicar los fenómenos telúricos como aquellos provocados puntualmente por volcanes–, sino del mar. Esta observación representa un adelanto a la teoría de la tectónica de placas y la deriva continental, puesto que reconoce, aún sin poder entrar en los detalles, que la orientación



del sismo era de oeste a este, correspondiendo al fenómeno de subducción de la placa de Nazca en la placa suramericana.

Pero entre todas las experiencias telúricas de Gilliss en Chile, destaca una calificada por él mismo como excepcional. El astrónomo se encontraba observando el cielo a través del telescopio cuando comenzó a temblar:

> A lo mejor una observación similar; la visión de una convulsión terrestre con un magnífico poder de aumento de 235 veces, puede que nunca me vuelva a ocurrir en la vida[7].

Mirar las estrellas y al mismo tiempo sentir el temblor es una experiencia que da cuenta de la continuidad entre la astronomía, la meteorología y la física terrestre. Para mediados del siglo XIX, estas disciplinas avanzaban de forma vinculada aportando una concepción de la Tierra como cuerpo celeste en relación con otros. La meteorología contemplaba las observaciones sobre movimientos sísmicos, puesto que se consideraba que fenómenos de temperatura, presión y flujos de agua estaban interrelacionados con las modificaciones históricas de la corteza terrestre[8]. El estudio de los meteoritos también estaba considerado en este campo desde la Antigüedad y de ahí la denominación de la disciplina[9]. El desarrollo de estos saberes estaba además ligado a las prácticas de la navegación y, por extensión, a la cartografía, ámbitos con los que compartían objetos, instrumentos y métodos de medición. De este modo, la expedición principalmente astronómica liderada por Gilliss, sumó a sus tareas el reconocimiento de las variaciones de las fuerzas magnéticas en el radio terrestre y de la relación de estos cambios con las dinámicas de los astros y de la corteza.

Su viaje es un ejemplo de una ciencia que avanzó considerando la interrelación de los fenómenos. Sin embargo, prácticamente en todas estas observaciones, sus instrumentos y métodos de medición se vieron sobrepasados por la intensidad y amplitud de los fenómenos que se había propuesto delimitar. ¿Qué pasa cuando la tierra bajo tus pies –y los instrumentos que registran sus movimientos– dejan de ser confiables? Queda el relato como prueba de inquietudes, ensayos, experiencias.

Con el tiempo, la especificidad que fueron asumiendo las diversas disciplinas científicas disolvió la continuidad de estos campos del conocimiento científico: cada fenómeno pasó a formular un ámbito de estudio autónomo, disciplinado,

---

7 Gilliss, op. cit., p. 156 (p. 118 de la versión original).

8 Ver, por ejemplo, Gilliss, op. cit., vol. 1, p. 535; Vicente Bustillos, *"Observaciones relativas a la jeolojía, meteorolojía e historia natural de Chile"*, en Anales de la Universidad de Chile (AUCh), 1851, vol. 9, pp. 277-284; Manuel Aracena, "Comunicaciones: el secretario de la Facultad de Ciencias Físicas i Matemáticas ha hecho en la sesión de 1° de abril las comunicaciones siguientes", en AUCh, 1851, vol. 9, pp. 113-115.

9 Vladimir Janković, *Reading the skies. A Cultural History of English Weather, 1650-1820*, Chicago, The University of Chicago Press, 2000.

desactivando la posibilidad de contar con la experiencia subjetiva como prueba. El caso de Gilliss, sus fracasos, pueden ser hoy un ejemplo para reorientar la percepción. El cuerpo del científico es un instrumento, sus sentidos conectados a los objetos de su entorno generan datos y registros que, eventualmente, pueden aportar a la composición de macrodatos, pero que fundamentalmente colaboran con la conformación de historias de la naturaleza que contribuyan a reponer la interconexión entre sus diversas dimensiones y escalas.

In case of emergency, write down

Catalina Valdés

> From our earliest childhood we are accustomed to contrast the mobility of water with the immobility of the earth; all the evidences of our senses have confirmed this belief; and when suddenly the ground itself shakes beneath us, a natural force of which we had no previous experience presents itself as a strange and mysterious agency. A single instant annihilates the illusion of our whole previous life; we feel the imagined repose of nature vanish, and that we are ourselves transported into a realm of unknown destructive forces. Every sound affects us ; our attention is strained to catch even the faintest movement of the air ; we no longer trust the ground beneath our feet."[1]

From time to time history is rewritten, not always by new events, but by the emergence of new points of view. Natural history changed its perspective at the beginning of the 19th century with the affirmation of the Plutonism theory, which explained the igneous origin of the forms of the earth's surface, triggering a renewed account of the history's formation of the planet and the origin of life. That change of perspective triggered a system of definitions that was recently established in the mid-twentieth century with the theory of continental drift and plate tectonics. This same change of perspective modified also natural history itself, which went from enunciating general laws of operation of the natural world to become atomized in a series of specialities that served to

[1] James M. Gilliss, *U.S. Naval Astronomical Expedition* vol. 1. Washington, A.O.P. Nicholson, 1855. p. 93.

elaborate increasingly detailed explanations of the natural processes at the scale of interconnected details. The readjustment caused new ways of seeing, measuring, describing and representing, which were opting for new instruments, images and practices. While science adjusted to this reformulation of nature, earthquakes were presented as episodic and localized laboratories that tested the mechanisms of knowledge. To been able to measure these phenomena, some instruments proved useless, largely determined by the high degree of unpredictability of the earthquakes. What happens when the earth under your feet—and the instruments that register its movements—cannot be trusted?

I take the invitation of the Border Agency as an opportunity to address, with a historical perspective, the faith that we conventionally grant to the instruments of nature measurement. Also, to relocate the subjectivity of the body (scientific) as a tool that measures certain natural phenomena. The question I seek to answer—following the path opened by historians of science such as Lorraine Daston and Peter Galison[2]—interrogate the ways in which stories of objectivity are created. To address this, I take a case that refers to the scientific recognition of the Chilean territory during the first half of the 19th century. By then, the telluric identity already determined the imaginary of this place, fed by the chronicles that naturalists and travellers had circulated during the colonial period[3]. The image of the catastrophe was early linked to the geographical description of this southern region, mainly by earthquakes, tidal waves and volcanoes, which made it a desirable destination—an outdoor laboratory—for naturalists from less shaken regions.

Contrary to what might be assumed, one of the first systematisers in the history of earthquakes in Chile was not a geologist, geographer or seismologist, but an astronomer. James Melville Gilliss, a US naval lieutenant and astronomer and head of the astronomical naval expedition that extended for three years in Chile, between 1849 and 1852, included in his report several sections devoted to the subject. In his narrations, we see to what extent body perception and chronic becomes a crucial method to describe complex phenomena to those cases when sight does not have a particular object to focus. Several of the sections of the eighth chapter of the report written by Gilliss from his stay

---

[2] Lorraine Daston y Peter Galison (2012) *Objectivité. Dijon : Les presses du réel.*

[3] Historian Mauricio Onetto has compiled various sources on the telluric history of Chile, nurturing a long historiographical tradition in this regard and proposing the term catastrophe as a local identity seal. See his book *Earth tremors in the garden of Eden. Disaster, memory and identity. Chile, XVI-XVIII centuries* (Santiago: Diego Barros Arana Research Center, 2017).

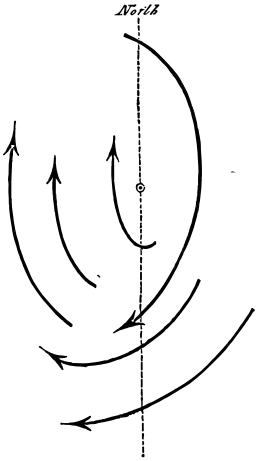
in Chile, entitled "Earthquakes", combine the record of scientific observation through instruments with anecdotes, such as the party in Valparaíso that ended in earthquake in November of 1849 or the terror of the night of December 6, 1850, in which the astronomer wrote down, without hiding his fear, all the effects of the earth movement that were projected on the furniture of his room and his own body:

> The deep, rumbling noise was combined with a short, quick rocking of the bed, a vibratory trembling of the walls, and such a creaking of the ceiling, as left no doubt respecting the disturbant of my morning slumbers. Seizing the watch overhead, and springing to the floor, the earth was felt in excessive agitation; its quick throbbings starting every object in contact with it, and by degrees communicating an oscillating motion to walls and roofs. The water of the ewer on the wash-stand was tossed into a pyramidal form three or four inches high, and dashed out on either side in such quantity that its surface was finally more than an inch below the rim. The doors of the chamber, though bolted above and locked, had been thrown wide open. Articles suspended against the walls were beating them with rapid blows: windows rattled, as we sometimes hear in a railway train (p. 105)

In a letter sent in those days to the president of the Royal Geographic Society of London, Gilliss acknowledged: "To my great mortification the seismometer [sic] made no record either time". From this first tremor, seismograph imported from Scotland was unusable to record the intensity of local phenomena. Body perception and the consequences in its immediate environment were the data; the only way he had to compose the evidence was to undertake a story. With no break from aftershocks, Gilliss recorded the strong earthquake on April 2 from his home in Santiago. The standardized instruments are still useless; the astronomer was forced to make an improvised seismograph with a pendulum that, when oscillating, left the sway mark on a glass plate full of black sand, generating an image that he later reproduced in his report as a diagram.

As on that occasion, the measurements of the following earthworks were carried out with very different methods: calculating the delay of the pendulum clock and measuring the mark that liquid substances (water or mercury) left when moving in their containers to know the intensity of the earthquake, or analysing the rock slide on the Santa Lucia hill, where the astronomical observatory had been installed, or the formation of cracks in adobe constructions to identify

its direction. This last data was extremely significant because it allowed him to demonstrate that the earth movements did not come exclusively from the mountain regions - an assumption consistent with the theory that sought to



explain telluric phenomena as promptly caused by volcanoes - but from the sea. This observation represents an advance to the theory of plate tectonics and continental drift, since it recognizes, without even being able to go into the details, that the orientation of the earthquake was from west to east, corresponding to the subduction phenomenon of the plate Born in the South American plate.

But among all the telluric experiences of Gilliss in Chile, one that he describes as exceptional stands out. The astronomer was watching the sky through the telescope when he began to tremble:

> Perhaps a similar sight the vision of terrestrial convulsion under a magnifying power of 235 times may never occur again in all my life[4].

Looking at the stars and at the same time feeling the tremor is an experience that accounts for the continuity between astronomy, meteorology and terrestrial physics. By the middle of the 19th century, these disciplines advanced in a linked way, contributing a conception of the Earth as a celestial body in relation to others. The meteorology contemplated the observations on seismic

[4] Gilliss, op. cit., p. 118.

movements since it was considered that phenomena of temperature, pressure and water flows were interrelated with the modifications of the Earth's surface[5]. The meteorites studies were also considered in this field since ancient times and hence the denomination of the discipline[6]. The development of this knowledge was also linked to navigation practices and, by extension, to cartography, areas with which they shared objects, instruments and measurement methods. Consequently, the astronomical expedition led by Gilliss, added to its tasks the recognition of the variations of the magnetic forces in the terrestrial radius and the relation of these changes with the dynamics of stars and earth surface.

His trip is an example of a science that advanced considering the interrelation of phenomena. However, practically in all these observations, its instruments and measurement methods were exceeded by the intensity and breadth of the phenomena that had been proposed to delimit. What happens when the earth under your feet - and the instruments that register your movements -cannot be trusted? The story remains as proof of concerns, essays, experiences. Over time, the specificity assumed by the various scientific disciplines dissolved the continuity of these fields of scientific knowledge: each phenomenon went on to formulate an autonomous, disciplined field of study, disabling the possibility of having subjective experience as evidence. Gilliss's case, his failures, can today be an example to redirect perception. The body of the scientist is an instrument; his senses connected to the objects of his environment generating data and records. This informationt can eventually contribute to the composition of big data, but that fundamentally give to the conformation of stories of nature that allows to replenish the interconnection between its various dimensions and scales.

[5] See, for example, Gilliss, op. cit., vol. 1 p. 535; Vicente Bustillos, "Observations related to the jeolojía, meteorolojía and natural history of Chile", in AUCH, 1851, vol. 9, pp. 277-284; Manuel Aracena, "Communications: the secretary of the Faculty of Physical and Mathematical Sciences has made the following communications at the April 1 session", in AUCH, 1851, vol. 9, pp. 113-115.

[6] Vladimir Janković, Reading the skies. A Cultural History of English Weather, 1650-1820, Chicago, The University of Chicago Press, 2000.

Exhibición “Liquid Landscapes”
Kunstfort Bij Vijhuizen
Julio-Septiembre 2019

“Liquid Landscapes” exhibition
Kunstfort Bij Vijhuizen
July-September 2019



Vista aérea del Stelling van Amsterdam.
Aerial view of Stelling van Amsterdam.



Acceso al museo Kunstfort bij Vijfhuizen
Access to the Kunstfort bij Vijfhuizen



Instalación audiovisual "Una explosión sorda y grave no muy lejos". Video en dos canales proyectados en pantallas traslúcidas y obra sonora.
Audiovisual installation "An Explosion, dull and deep, not too far". Two channels video projected on translucent screens and sound work.





“Los Invasores”. Video en dos canales, estacas de bambú reflectantes.
"The Invaders". Two-channel video, reflective bamboo stakes.





“El círculo”. Fotografía Gicleé print y proyección de video sobre el piso.
"The circle". Gicleé print photography and video projection on the floor.







“What if”. Instalación de proyecto participativo con artistas y vecinos locales.
"What if". Installation of a participatory project with local artists and neighbors.





Theo Reeves-Evison (Reino Unido, 1985) es miembro de una beca de posdoctorado en Leverhulme en la escuela de arte de Birmingham, donde su investigación se centra en los cruces entre críticas del arte, ecología y especulación. www.reeves-evison.com

Theo Reeves-Evison (United Kingdom, 1985) is a Leverhulme Early Career Fellow at Birmingham School of Art, where his research focuses on the critical imbrications of art, ecology and speculation. www.reeves-evison.comhimenaeos quam blandit eros.

Weronika Zielinska-Klein (Polonia, 1986) Máster en Investigación de Arte; Universidad de Amsterdam, BA; Academia Willem de Kooning en Rotterdam. Es artista/madre. En 2012 estableció Upominki (regalos en polaco) un espacio de proyecto sin fines de lucro en su casa en Rotterdam.

Weronika Zielinska-Klein (Poland, 1986) MA Artistic Research; University of Amsterdam, BA; Willem de Kooning Academy in Rotterdam. Is an artist/mother. In 2012 she established Upominki (gifts in Polish) a non-profit project space in her home in Rotterdam.

Catalina Valdés E. (México 1979). Es historiadora del arte chilena. Su principal línea de investigación es la historia del arte y de la cultura visual de los siglos XIX y XX en Latinoamérica. Se interesa particularmente en las representaciones visuales de la naturaleza y los cruces entre imagen y ciencias naturales.

Catalina Valdés E. (Mexico, 1979). She is a Chilean art historian. Her main research topic is the history of art and visual culture of the 19th and 20th centuries in Latin America. She is particularly interested in the visual representations of nature and the intersections between image and natural science.

Agencia de Borde es un colectivo de arte formado por Rosario Montero, Paula Salas y Sebastián Melo que explora los límites de las nociones de paisaje. Nuestro propósito es comprender desde una perspectiva interdisciplinaria cómo las personas, los lugares y la tecnología se determinan mutuamente. Nuestra investigación revela estructuras de poder subyacentes a las nociones contemporáneas de paisaje. Utilizando las prácticas artísticas como medios y la antropología como método, investigamos y producimos obras visuales, sonoras y escritas. Hemos expuesto en Chile, Holanda, España, Perú, Estados Unidos, Alemania y participado en residencias en España (Espai Colona) y Perú (Hawapi).

Border Agency is an art collective formed by Rosario Montero, Paula Salas and Sebastián Melo exploring the limits of the notions of landscape. Our purpose is understanding from an interdisciplinary perspective how people, places and technology are mutually determined. Our research unveils power structures underlying contemporary notions of landscape. Using art practices as a means and anthropology as a method, we research and produce visual, audio and written artwork. We have exhibited in Chile, The Netherlands, Spain, Perú, USA, Germany and have participated in residencies in Spain (Espai Colona) and Perú (Hawapi).

www.borderagency.net

Este libro se imprimió en el mes
de agosto del año 2020, con un
tiraje de 230 ejemplares.

Para su composición se utilizó
la tipografía IBM Plex Mono
y Blacker Text, interior de
Options White de 104 grs. y tapas
impresas en papel Curious Matter
Desiree Red 270 grs.

Este libro explora la incertidumbre desde el territorio, comenzando en los campos minados del desierto de Atacama, para intentar comprender las múltiples inestabilidades que se abren en la era del capitalosceno, crisis climática y social.

¿Y si no podemos confiar en el suelo bajo nuestros pies? fue la pregunta que planteamos a tres autores, quienes dieron su mirada respecto a la inestabilidad del territorio de manera más amplia: Theo Reeves-Evison habla sobre ecología financiera desde la perspectiva de las tecnologías digitales, Weronika Zielinska relata sus incertidumbres infantiles conviviendo con ruinas y bombas de la segunda guerra mundial, y Catalina Valdés explora los límites corporales de la ciencia en el estudio de los terremotos en Chile.

El colectivo Agencia de Borde nos invita a indagar sobre las incertidumbres a partir de su proyecto "Campo Minado", el cual comenzó investigando los sitios fronterizos del Desierto de Atacama convertidos en paisajes-arma por las bombas antipersonales y antitanques que se mantienen hasta la actualidad enterradas en el territorio. Este libro revela las reflexiones que surgen a partir de la muestra más reciente del proyecto Campo Minado en el Museo Kunstfort en Holanda, donde la pregunta sobre el impacto de un paisaje-arma se extiende a otros paisajes y temporalidades que hasta ahora no han sido consideradas.

Throughout this book, we explore the uncertainty created by the minefields of the Atacama Desert. The aim is understanding the multiple instabilities that emerge in the era of the Capitalocene, with its climate and social crises.

What if we could not trust the ground under our feet? We raised this question with three authors, who will each delve into the topic of the instability of territory. Theo Reeves-Evison discusses financial ecology from a digital technology perspective. Weronika Zielinska talks about her childhood uncertainties that stemmed from coexisting with ruins and bombs in the Second World War. And, Catalina Valdés explores the corporal limits of science within the study of earthquakes.

Border Agency invites us to inquire into our uncertainties through their work The Landmine project. This project started with the investigation of the Atacama Desert borderlands, which have been turned into landscape-weapons by the anti-personnel and anti-tank mines that remain buried in the territory. This book reveals the reflections that emerged from the most recent exhibition of the The Landmine Project in the Kunstfort Museum in The Netherlands, where the question about landscape-as-a-weapon extends to other landscapes and temporalities that have not yet been considered.

Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio
Gobierno de Chile

Proyecto financiado por el Fondo Nacional de Desarrollo Cultural y las Artes (FONDART) 2019.

ISBN: 978-956-09498-0-6